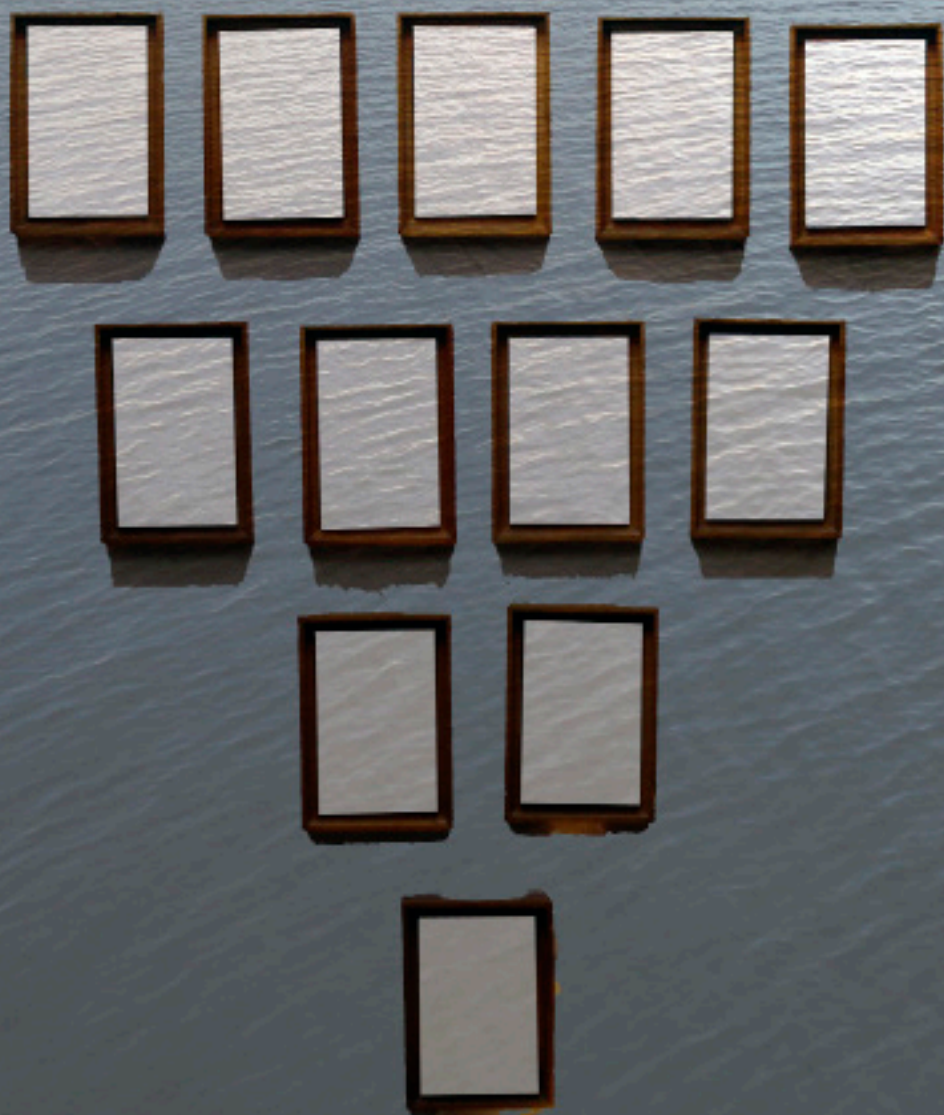


# LA MALDICIÓN DE LOS CARBONES

césar bisso & floriano martins







La maldición de los carbones



Colección Libros  
Imposibles



# LA MALDICIÓN DE LOS CARBONES

César Bisso  
&  
Floriano Martins

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Bisso, César, 1952 / Martins, Floriano, 1957  
*La maldición de los carbones* / César Bisso & Floriano Martins --1ª ed.--  
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.  
138 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 33 >  
<Digital>  
1. Ensayo argentino / brasileño. 2. Literatura argentina / brasileña.  
I. Título.

Primera edición, 2024

*Colección Libros Imposibles #33*

© La maldición de los carbones

© Berta Lucía Estrada & Floriano Martins

**Diseño editorial:**

Melvyn Aguilar

**Portada & ensayo fotográfico:**

Floriano Martins

**Coordinación editorial:**

Juana M. Ramos

**Corrección filológica:**

Los autores



# LOS CARBONES ANCLADOS EN EL ABISMO

Hace tiempo que escuchamos que el carbón no crece bajo la lluvia. No es cierto, porque la energía vital de los carbones, su virtud natural, tiene sus raíces precisamente en la transmutación. Ya sea que provenga del mineral o del vegetal, de los huesos de los animales o de la imaginación que los utiliza para registrar en el tiempo el deseo y la memoria de la presencia humana en la tierra, los carbones son la mejor correspondencia con los ciclos solares y la raíz indolente de los incendios. Siempre es un símbolo burlón que pasa por materia quemada. De alguna manera la creación toma forma como si fuera hija del carbón, fruto de su pasión por el fuego, el caos, la destrucción. Del carbón heredamos el lápiz. Sobre el papel observamos su trazo suave, puro, intensamente negro. El color de la continuidad del espíritu, de la sangre, de la tradición. Lo sabe el músico que imprime sus notas en el pentagrama. Lo sabe el pintor que despliega los primeros rasgos de un enigma insondable. Lo sabe el matemático que enfoca la lógica en la numerología y el cálculo. Lo sabe el filósofo que sube a la cordillera de la duda para percibir el valle de la razón. Lo sabe el arquitecto que diseña las siluetas del mundo contemporáneo mientras sueña el futuro. Lo sabe el poeta que forcejea entre imágenes y metáforas para alcanzar la contradicción perfecta. El lápiz y su maldición: grabar la historia de los hombres y los dioses en una hoja en blanco, sin haber acertado quién entró primero a la vida de las palabras y los símbolos, o quien fundó en la naturaleza del universo la verdad no revelada todavía. Quizás la mayor maldición de todas sea la ambición por una verdad que nunca ha demostrado ser universal o incondicional. En cualquier caso, todo lo que creamos tiene su origen en esta correspondencia entre lo imaginado y lo materializado. Sea el pilar que sustenta las dimensiones que nos guían, el reflejo de todas las perspectivas transitorias de la existencia, o la sacralización del sexo en la palma de las manos de los amantes. Por mucho que se diga que el color del carbón equivale a un

ego frustrado, a un cielo devorado por las nubes, a un nudo que permanece cerrado sobre sí mismo, su negrura es el resultado de tanta luz que debe contener en sí toda la historia de la humanidad. Cómo la suma de todos los poemas que leemos constituye la diligente fuente de metamorfosis. Como la imagen ardiente es la representación de todos los testimonios de nuestra existencia.

El lápiz no nos enseñó cómo se escribe. Tampoco le interesó atestiguar sobre la trama o el abordaje de lo escrito. Solo el creador dicta cuál es su compromiso con la historia, la sociedad, los sentimientos. Todas las razones conducen a la única razón: revelar lo que subyace en el fondo de lo real como si fuera una muestra ficcional de la vida. Desde la tilde de un lápiz se construyen aún los grandes interrogantes, las ceremonias del mito y la percepción de un mundo cada vez más caótico. El estímulo del creador se robustece a través de esa búsqueda incesante de la verdad. Difuso camino de conceptos, reflexiones y fantasías se desplazan al movimiento de su mano. Un trebejo solo tiene sentido cuando se encuentra dentro del juego de ajedrez; fuera del juego es una pieza inactiva. Con el lápiz sucede lo mismo: en el puño del creador adquiere vida, pero sobre la mesa, sin nadie que lo dirija, es un cuerpo anónimo. En ese espacio vacío incuba la maldición de los carbones: quien escribe nunca estará muerto. De la misma manera, caminando sin rumbo por el mundo también somos un personaje anónimo, un Narciso expuesto a una abundancia opaca. Ningún proverbio le refleja. Todo en él es una amputación de formas. Por eso tenemos que naturalizar las fuentes, recibir la exhalación de todos los símbolos. Tenemos que dejarnos llevar por los espejismos, el mensaje del vértigo, la llama alada de todos los granos del inconsciente. Por eso este libro que crearemos ahora debe ser el Tao de nuestra pasión por la poesía. La expresión estoica que dejan en nuestra piel los inagotables poemas que leemos. Un canto que reconoce en sí mismo el principio de todo ritmo. De lo contrario, nunca hubiéramos llegado aquí, a esta gran sala de desafíos, donde conjugamos las raíces encantadas de todo lo que la poesía nos ha dado.



Elegimos al azar tres poemas de doce poetas identificados con diferentes nacionalidades, generaciones y estilos. Ninguno se parece al otro, pero las voces suenan armónicamente en la vaga interpretación que hicimos de cada una de sus escrituras. No hay análisis estructural, tampoco espíritu crítico. Tan solo intentamos descubrir lo que oculta el poema, imaginando en mínimos esbozos hacia dónde vuelan las alas de la creación. Quisimos resignificar el sentido de la metáfora, reinventar la belleza de la imagen, restituir la anarquía por encima de la incongruencia de lo instituido. ¿Lo hemos logrado? Seguramente estamos lejos de saberlo, pero como amantes de la diosa, seguiremos soñando el encuentro con una nueva epifanía.

En rigor, no tenemos la más mínima preocupación por la cámara de emboscadas de leer lo que escribimos. Crear es, en esencia, un acto –múltiple, eso sí, siempre múltiple y vertiginoso– de destripamiento del espíritu. Cuando los camaleones absorben los colores que les rodean, lo que nos parece su mayor ambición es saborear los sabores de los demás y no mostrar el mérito de un disimulo. Así lo hicimos, nos sumergimos en los poemas –pero también en los poetas, en el pulso del lenguaje, en sus fantasmas prohibidos–, como liberando las facultades de la contemplación y del éxtasis, porque no es de otra manera que acabemos descifrando las trampas de poderes y fracasos. No es importante ser agradable a los ojos de Dios, sino andar a tientas en la oscuridad hasta comprender lo que pudo haberse guardado detrás de las puertas del firmamento. De esta manera logramos lo que buscamos: excavar en los puntos oscuros de la creación, hasta que la metamorfosis nos diga cuántas botellas arrojó al mar de lo desconocido.

Accedimos a esta experiencia de escribir entre dos, no con la intención de construir una sola voz, sino con el propósito de sentirnos vivos a través de un lenguaje sin ataduras. La idea central fue dejarnos llevar por la brisa estimulante que fluía de cada poema, siguiendo la huella de lo inesperado, la estética de la fragilidad, el devenir silencioso de la conmoción. Al ingresar a esa zona difusa entre lo que uno piensa y la escritura dice, cada fragmento respiró distinto, despreocupado, independiente de

cualquier método. Así sucedieron estos simulacros ataviados de locura. Sin más dilaciones, nuestro modesto objetivo nos permitió resignificar el milagro de la invención, abastecidos por la lectura de maravillosos poetas. Ellos nos convencieron que detrás de sus versos queda sola la muerte.

CB/FM, 2024





# CONSTANTINO CAVAFIS

## (Grecia, 1863-1933)

### VENTANAS

En esas habitaciones oscuras donde vivo  
pesados días, con qué anhelo contemplo a veces  
las ventanas. –Cuándo se abrirá  
una de ellas y qué ha de traerme–.  
Pero esa ventana no se encuentra, o yo no sé  
hallarla. Y quizás mejor sea así.  
Quizá esa luz fuese para mí otra tortura.  
Quién sabe cuántas cosas nuevas mostraría.

### MURALLAS

Sin consideración, sin piedad, sin pudor  
en torno mío han levantado altas y sólidas murallas.  
Y ahora permanezco aquí en mi soledad.  
Meditando en mi destino: la suerte roe mi espíritu;  
tanto como tenía que hacer.  
Cómo no advertí que levantaban esos muros.  
No escuché trabajar a los obreros ni sus voces.  
Silenciosamente me tapiaron el mundo.

## MONOTONÍA

Sigue un día monótono a otro día igualmente monótono, idéntico. Las mismas cosas sucederán de nuevo, una y otra vez; las mismas circunstancias nos toman y nos dejan.

A un mes sigue otro mes igual.  
Lo que vendrá fácilmente se adivina;  
serán las mismas cosas de ayer.  
Y el mañana nunca parece ese mañana.

### *Acerca de...*

El destino no tiene murallas. Hay un grito que vuela sobre las olas de la eternidad, penetrando en los altares de los dioses, en las alforjas de los mercaderes, en las tabernas calcinadas de Alejandría. Nadie repara en su suerte, pero él acosa el mundo desde el poder del silencio. Mientras los tentáculos de arena se apoderan de la ciudad y los relojes se oxidan en la monotonía del verano, el poema estalla de risa, alcoholizado entre sábanas, seduciendo al duende del amanecer con su aroma de mar y su exiguo ropaje de luna. ¿Quién se atreve a pintar la playa con la tinta del infierno? ¿Quién amenaza posar su mirada en una cintura de nubes? ¿Quién osa beber el veneno que emana del espíritu rebelde? La voz suena en la habitación donde el amor se convierte en piedra y el rayo de Zeus ya no ilumina el universo. ¿Dónde está la palabra? ¿Hacia qué puerto navega la muerte? El vino resulta demasiado agrio para calmar la sed del poema.

No hay manera de convertir el destino en cáncer, ponerle un sudario y dejar que se apodere de la casa, de la calle, de la ciudad. No importa que estemos en Alejandría, Coronda o esa otra forma intrigante de ruinas que es Fortaleza. El tiempo no es remoto ni astuto, inocente ni rebelde. Las murallas nunca

tuvieron ventanas. Dentro de ellas, lo único que podemos hacer es idealizar el mundo exterior. La monotonía, incluso cuando no es más que un café frío en la mesa donde olvidamos el anteojo y el viejo libro con las páginas pasadas, no puede ser la representación de un mito. El hombre ve los barrotes de sus propias ventanas como si ya no encajaran. Sembrar libertad mirando al horizonte nunca fue suficiente. En el fondo, cada uno de nosotros desea que el mañana sea siempre diferente, incluso de lo que esperábamos, y que las nubes de piedra nunca sirvan como limosna enviada por los dioses.

Una ventana, solo una ventana y el mundo será tuyo. No hay barrotes que pueden interceder ante la mirada de quien aprendió a mirar. El mar, las largas avenidas, las populosas ciudades, se transforman en fantasmas, en mínimas siluetas que se desvanecen ante el asombro del poema. Solo una ventana y los pájaros vendrán al puño de quien escribe, los árboles ocultarán el sol, las nubes volarán más allá de los dioses y la tierra, la dulce tierra de la infancia, besará su mano. Solo una ventana para gozar del aroma de los olivares y del sueño que perdura en el corazón de algún verso ebrio, rescatado de los profundos ojos azules del Mediterráneo. Una ventana para escapar de la monotonía de los días invisibles, de los rostros invisibles, de las ciudades invisibles, de la vida invisible. Una ventana al borde de la existencia, que se abra mágicamente hacia el jardín de la belleza.

En 1879 vi mi primera ventana abierta, llena de las sombras con las que viviría en una Alejandría que me ha llevado a saborear el gusto amargo de sus rincones voraces, las callejuelas anónimas y oscuras, la fría pobreza de mi entrada en la adolescencia, la humedad de los amores prohibidos, los palos invertidos de las cartas del destino, y fue allí, entre la incredulidad absoluta, los versos revoloteando en sus páginas sueltas y un cáncer de laringe que he descubierto que ningún tiempo alcanza para calmar el vértigo del alma: *las mismas circunstancias nos toman y nos dejan*, como las infinitas escrituras en las que aparentemente

desciframos las incontables Ítacas que llevamos dentro. Yo era el ciego que solo adivinaba las cosas nuevas, como el destino que se desnuda por unas monedas sucias y las bancas del parque donde escribimos nuestros nombres que se borran al momento siguiente. No hay monotonía más repugnante que la eternidad.

Y de pronto emerge en el firmamento lo desconocido. Una lánguida espera de treinta y ocho años para descerrar la ventana y ver, sentir y recorrer la ciudad soñada en la infancia. ¿Cómo expresar ahora la lejana obsesión de niño que el poema no ha querido revelar? Atenas y sus mitos se caen encima de la imaginación y los años perdidos deambulan por las calles como perros vagabundos. Allí están los dioses constructores de eternidad, el *odiseo* helénico cubierto de heroísmo, el mar con sus islas mágicas, las *moiras* señalando el destino patrio y el *areté* suspendido en la elocuencia de la virtud. Nada más impactante para un buceador compenetrado con la historia del hombre, a través del uso sutil del sustantivo, la cadencia del verbo y la intimidad de la metáfora. Y el vértigo de una sociedad sin brújula no congenia poéticamente con la contemplación evocativa y el impulso acentuado de la vida. El poeta prefiere alejarse del sentimiento que exige esbozar un realismo diferente. Y regresa a sus ventanas alejandrinas, donde la monotonía duerme en paz sobre los muslos del desierto.

Sin embargo, tu ser más interno reconoce que todo es viaje, sin importar si vas o regresas. El cruce de la rueda, las escobas, el viento. La búsqueda del centro, la inmortalidad, el abismo. El riguroso desplazamiento solo se logra dentro de cada uno de nosotros. El tiempo nos engaña consagrando el destino a la preparación, pero la verdad siempre será inaccesible —el poeta encarna a Rabelais y pregunta al largo viaje si realmente son cuatro las verdades que Buda mantuvo en secreto. No es el éxito de los cuchillos ni los torrentes eléctricos del deseo que distorsionan la pupila en los miradores improvisados de las salas de espera. Ni siquiera es la progresión de estados



interrogativos o la posesión de santos en busca de sí mismos. Luces desiertas, oasis de horror, mutaciones anticipadas. Cada uno de nosotros garabatea las quejas de nuestra propia alma en las páginas dispersas del libro de los muertos. Hay cambios profundos que nos lleva toda la vida descifrar. Esos cuartos oscuros donde vivimos días pesados. Las ventanas abiertas que cubren el mundo. La monotonía que nos hizo extrañar la poesía de Constantino Cavafis.

El lenguaje no sucumbe ante las adversidades de la soledad. Acompaña al poeta a traspasar las fronteras de su propia conciencia. ¿Acaso necesita otro compromiso mayor que su afán perfeccionista para subir los peldaños de una escalera infinita y alcanzar el deseado silencio? ¿Cuántas murallas quedan por superar, cuántas ventanas abrir de par en par? Ningún impacto de la historia es más contundente que la fuerza indómita del poema. Quien lee al fondo de la taberna lo sabe. Ni siquiera el despertar del día frente al mar, el sol sumergido en la bruma, la aguda letanía de las gaviotas, distraen su atención sobre las páginas. El ojo volátil del faro se refleja en la última gota del aguardiente y roza la pálida mano aferrada a la copa. No hay más testigos. ¿Cuándo llama la palabra? ¿Ahora? ¿Nunca? Y desde el silencio inventa nuevas imágenes, o quizá sea el poema quien escriba el silencio que el poeta pretende descubrir entre leves pulsaciones y sudores. La escuálida sombra de su vida apenas puede asimilar el valor intrínseco de la creación: lucidez, sobriedad, estoicismo.

Ya no me parezco a nada. Ni siquiera las cortinas de fuego pueden rivalizar con las mutaciones poco hábiles. Los metales de la felicidad que Sócrates atribuía a la justicia están sujetos a la vituperación de las maldiciones. Homero arrastrando sus cadenas como castigo. Minerva maltratada por su fealdad. ¿Quién dominaría la oscuridad y haría del poema la manifestación inquebrantable de un buen augurio? Quizás sea mejor así, que el mundo no pueda soportar la fecundidad de tantos males, que la profusión espontánea de la desgracia

rasgue todas las líneas discontinuas de la divinidad. No hay ganadores, ni en la muerte ni en la vida. Los corderos de Dios no alimentan más que hambre. Ni siquiera las cuerdas nos llevan al cielo. Ni siquiera las columnas de los mitos más indestructibles. Ya no me parezco a nadie. ¿Qué símbolos aún reconocen su propósito?

Los enumero lentamente. No son muchos. Ya no sé qué decir. El mensaje más sincero que puedo dar es que todo lo escrito no sirvió de nada. Soy un hombre melancólico, de carácter inestable; un amante que sufre el falso amor; un ciudadano pobre, amurallado tras la ventana de una pequeña habitación. Y no puedo salir a caminar por la orilla del mar porque tengo fiebre. Es una tarde pegajosa de verano y solo me acompaña el zumbido insoportable de las moscas. Las sábanas sudan, mi desnudez tiembla, el sol poco a poco se apaga. ¿No es hora de acudir a la historia? Tal vez admita mi origen griego. Vivo aquí, pero ella no olvida que esta fue la tierra del Magno Macedonio y de Ptolomeo. Aquí llegaron, desde ciudades remotas, los papiros que atesoró Hipatia. Todo el saber del mundo oculto bajo la arena del desierto. Por eso Alejandría irá conmigo a todas partes. No habrá demonios ni divinidades que nos detengan, cruzaremos todos los cielos, moriremos embriagados y libres. Y resucitaremos en el mito, en el símbolo, en la esencia del verbo. Seremos una ciudad inmortal y un poeta dentro. Tal vez tenga tiempo para pensar sobre la dialéctica de la belleza. Tal vez escriba mi último poema.

De hecho, hace mucho que no venimos por aquí. Los ríos son esas ventanas que miran al mar. Acumulan distintos secretos en cada relieve de los ciclos épicos. Somos heroicos, posiblemente por malas interpretaciones. Somos adversarios como unos misterios indescifrables. Los dioses son elocuentes con el humo que sale de sus pipas. La belleza es una dama tan fugaz que desde pequeños aprendemos a desnudarla lo más rápido posible, ya que es poco probable que pase una noche entera a nuestro lado. Oigo decir, como la canción que vive en el té, que

las cosas volverán a pasar, como los chacales en el desierto o la concha iluminada de los sexos que acaba de cabalgar en la pradera lejana mientras yo abrazaba la profundidad reflejada de los cuerpos de mis amantes. Busqué en mis versos la intensa vibración de las culturas más primitivas. Fueron muchas las veces que vi pasar la innumerable caravana del tiempo. Y todavía veo disiparse el polvo de los últimos caballos. Antes de que los hombres se den cuenta de que falta el último poema que escribí.







## WILLIAM BUTLER YEATS

### (Irlanda, 1865-1939)

#### MUERTE

Ni el miedo ni la esperanza acompañan  
Un animal moribundo;  
Un hombre espera su fin  
Temiendo y esperando todo;  
Muchas veces murió,  
Muchas veces ha resucitado,  
Un gran hombre en su orgullo  
Confrontando hombres asesinos  
Lanza su escarnio sobre  
el reemplazo de la respiración;  
Él conoce la muerte hasta los huesos –  
El hombre creó la muerte.

#### RECONCILIACIÓN

Algunos pueden haberte culpado de que te quitaste  
Los versos que podrían moverlos un día  
Cuando, los oídos están sordos, la vista de los ojos ciegos  
Con rayo, fuiste de mí y no pude encontrar  
Nada sobre lo que hacer una música, excepto reyes,  
Cascos, espadas y cosas medio olvidadas  
Que fueron como recuerdos de ti – pero ahora  
Saldremos, pues el mundo vive hace tanto tiempo;  
Y mientras estamos en nuestra risa, llorando,  
Lanza cascos, coronas y espadas en el pozo.  
Pero, querida, se aferra a mí; desde que te fuiste,  
Mis pensamientos estériles me han enfriado hasta el hueso.

## **UN AVIADOR IRLANDÉS PREVIA SU MUERTE**

Sé que me encontraré con mi destino  
En algún lugar entre las nubes de arriba;  
Los que peleo no odio  
Aquellos que guardo no amo;  
Mi país es Kiltartan Cross,  
Mi pobre nativo de Kiltartan,  
Ningún fin lo haría una pérdida  
O lo dejaría más feliz que antes.  
Ni la ley, ni el deber me ordenó pelear,  
Ni hombres públicos ou multitudão de aplausos,  
Un impulso solitario de deleite  
Condujo a este tumulto en las nubes;  
Balancé todo, traí todo a la mente,  
Los años venideros como desperdicios de aliento,  
Un desperdicio de aliento los años pasados  
En equilibrio con esta vida, esta muerte.

### ***Acerca de...***

Esta mañana me desperté con algunos versículos que faltaban. Algunos habitantes fugitivos protagonizaron su última tragedia anoche durante la cena y nunca más los volvimos a ver. Los aplausos también callaron, lo que nos dejó profundamente aislados del resto del mundo. La memoria fue el único hueso que les quedó a los perros bajo la lluvia. Un último manojo de leña para la hoguera de la noche siguiente. Unas pocas chispas de espíritu común y ya no podíamos alimentar al fénix de nuestra aldea. Nosotros, que siempre habíamos vivido bajo la ley del equilibrio, estábamos ahora como si un herrero diabólico hubiera visitado nuestros sueños y desfigurado las sombras. Los versículos que faltan son la higuera bajo la cual nacieron nuestros hijos, las vestiduras iniciales de estos niños y nuestros primeros ritos del pacto. Los pequeños dioses lloran y desgarran a sus semejantes. Esta mañana no hay lugar para sacar la leche que nos garantiza la eternidad. Al perder estos versículos, la muerte parece haber elevado sus misterios.



La muerte no existe en nosotros porque aún nos causa asombro la vida. Mientras estemos satisfechos por cada revelación iremos avanzando hacia adentro en busca de todos los misterios agazapados detrás de la conciencia. Habrá nuevas mañanas para contemplar la campiña hasta dónde llegue el pastor con sus ovejas. Habrá leche fresca y pan recién horneado. Habrá besos en niños semidormidos entre sábanas blancas. Y los aviones surcarán el cielo con bolsones de trigo y no arrojarán espadas sobre nuestros cuerpos, sino lloverán semillas para abrigar la tierra. Habrá una casa bien plantada en la colina y un bosque cercano para que canten los pájaros. Brotarán versos de las ramas como hojas encendidas por el sol de la memoria. Crecerá nuestra aldea junto al arroyo, libre del aullido de los guerreros y el susurro de los profetas. Mientras dure el asombro nadie tendrá en cuenta la maldición del tiempo. Sigamos bebiendo una taza de té debajo de este anciano roble. Imaginemos por un instante que hemos heredado para siempre el maravilloso encanto de la eternidad.

Todo lo que más tememos nos espera en ciertos rincones imprecisos, que una niebla indiferente hace que cambien de lugar cada vez que miramos hacia abajo. En las antiguas pensiones del orgullo recogemos nuestras almas cansadas y dibujamos un mapa que creemos ser el laberinto en el que nos encontramos. Las salidas quedaron grabadas en nuestra memoria y cada vez que recordamos nuestro viaje vemos cómo nuestras huellas fueron borradas inexplicablemente. Ni siquiera vislumbramos la sombra de un intruso. La evidencia de la existencia de este laberinto se disuelve como si fuera un obstáculo para su propia comprensión. Los huesos del tiempo llaman como una intuición que nos introduce en un método de imaginar lo invisible, lo que se esconde de nuestra interpretación del que puede ser el misterio más inaceptable. ¿Es esto lo que hacemos cuando creamos? ¿Estamos cavando pozos que nunca podrán utilizarse para descubrir la verdad? El laberinto es como la escritura y se transforma con cada representación del infinito.

¿Y si de pronto nos acosa el silencio y comprendemos que ya no hay nada para decir? La creencia de conservar siempre la última palabra es el rumbo irreversible de la escritura. Con la caída de Babilonia, Cartago, Grecia, Creta, Roma, Alejandría, Bizancio, desaparecieron familias, documentos, armas, joyas, utensilios, pero nadie dejó de lado la voz. Esa voz sobrevivió y se convirtió en poema, reactivó el pensamiento, se iluminó de belleza. A veces las ciudades cambian de personalidad y adquieren otros lazos culturales, pero la escritura continúa reflejando el destino de los dioses y los chamanes. El destino no piensa en generar un holocausto, solo es un sirviente inútil para enfrentar la encrucijada que se avecina. Tengamos fe, descartemos la confirmación de un futuro sombrío. Imaginemos que desde el cielo todo puede observarse y repararse. Lo único invisible es la verdad de quien no sabe mirar y cava fosas en la tiniebla. El fin de la historia no vendrá atado a la utópica batalla de Ragnarok, sino al vaticinio del poeta: cuando el poema sea escrito por el silencio se acabará el mundo.

Me despierto sin reconocer dónde estoy. Miro las paredes, el techo, el suelo, la ausencia de ventanas, la puerta que, aunque invisible, aún debe existir. Quizás soy solo yo quien no la ve. Puede que ni siquiera sea un dormitorio o una cueva bajo el cielo negro. O mis poderes se han desvanecido después de haber compuesto tantas odas con ganas de volver a casa. Si alguna vez fui responsable de organizar el mundo, es posible que estuviera agotado entre meteoros y fuegos artificiales. Las quimeras yacen como prostitutas borrachas con sus *chakras* fuera de lugar. Esta noche preparé un té de cebollino blanco cuyos sabores se mezclan y activan un silencio contemplativo. Cuando desperté no podía contar los cielos por donde había caminado. Las edades que quedan atrás como un viaje transfigurado. Las leyendas sumergidas en la inundación, tragadas por una conciencia que había perdido sus aspiraciones. Escribí de nuevo, esta vez solo de memoria, ya que había perdido la llave de toda una vida dentro de este refugio embriagador. Nada puedo encajar en las palabras que se pierden en las antecámaras del enigma. Realmente no sería posible nacer, desbordarse y desaparecer en el transcurso de

un día. No sé si lo que escucho afuera es la lluvia o si esta choza invisible donde estoy es de plomo y el sonido que me desafía a descifrarlo es un péndulo que baila en mi nuca.

Cuento mis huesos bajo la lluvia. No sé hasta dónde el cuerpo puede ser más fuerte que el pensamiento. Por ahora sobrevivo dándole aliento a mi pobre existencia. Nunca supe amarte o tal vez no entendí que significa el amor en la trágica historia compartida. Pensabas en ser libre, como si la libertad fuera parte del progreso, de alcanzar una escalera más alta en esta constante negación que es la vida. Y yo pienso que solo seremos libres un segundo después de morir. O cuando la escritura desaparezca bajo la lluvia y ya no queden palabras que puedan expresar tanto dolor, tanta desolación. Es lo único que nos ofrece el destino. El cielo negro que ves ahora vaticina nuestro futuro. Ya no caminaremos tomados de la mano por los estrechos senderos hacia la colina, a la espera del sol naciente. Tampoco habrá leche caliente en nuestras tazas. Seremos fantasmas desgarrados por la desesperada tentación de saber qué sucede allá afuera. Pero nunca lo sabremos. Y te irás lejos sin conocer la libertad. Y me quedaré bajo este cobertizo, solo, intentando recordar aquel poema sobre la guerra que siendo niño me leyó mi padre, quien tampoco conoció el amor.

Quizás el mito no haga otra cosa que esperar su propio fin. Como una copa que espera el aliento que consagra el último sorbo. O el inconsciente que exalta las impurezas de una realidad constantemente negada. La supervivencia es un atributo humano. En vano busco tus huesos en la tierra incógnita. El amor no es un alma de otro mundo. Lo más probable es que se haya quedado sin entierro. Que sea una especia tomada del árbol del conocimiento. Recuerdo cuando confundimos nuestra piel en un abrazo, cuando nos sumergimos en el aceite oscuro de nuestra inmundicia y nos sumergimos pidiendo el alimento que nos prometían los dioses después de cada orgasmo. Pero el silencio era una herida perversa que hacía aterradores los verbos ocultos. Éramos la risa moldeada entre fiebres y

heces. La multitud apiñada de lagartos con la cola cortada, el truco fundamental que hace que la catástrofe de nuestro amor siga existiendo dentro de nosotros. No importa cuántas veces enterremos en el vacío la exaltación contaminada de los deseos.

Bajo la presión de la historia el aviador dirige la orquesta de los muertos. El sonido del viento aturde los tejados. Nadie piensa que la tragedia está muy cerca, que puede tocarse con las manos. El mito de Troya sube a las nubes, encendido por la soberbia de Zeus. Ninguno de los dioses podrá empujar el carro de Héctor, solo soldados ensombrecidos, granjeros famélicos, enfermeras afiebradas de soledad. La tristeza vuela sobre la tierra del horror, infectada por hilos de sangre y túmulos de pólvora. En la multitud adolorida, el único deseo que impera es hallar una orquídea en la nieve. El aviador, desde las alturas, la observa y se conmueve. Tal vez escuche la voz de Zeus ordenándole aferrarse al escudo para esquivar las flechas. Alguien deberá clausurar la ley que corrompe el cielo de los burócratas. El enemigo también quiere dormir en su cama, abrazar a sus hijos, sembrar la vida de suculentos trigales y chimeneas humeantes. Dejar descansar a los muertos en paz es la promesa del cielo. Ninguna batalla florecerá en las almas como lo hace la orquídea en la nieve.

Quizás por eso la muerte extiende las huellas de sus cascos por la tierra. La imposibilidad de reconciliarnos con el futuro nos convierte en asesinos incluso de los enemigos más improbables. A menudo nos siguen las siniestras nubes de nuestros pensamientos. Una paranoia de animales enfermos y un osario de lágrimas solitarias. Nos alejamos de los ritos de purificación, bombardeamos las plantaciones con químicos, afuera de nuestras casas izamos una bandera con el billete más caro de cada país. Sí, los países todavía existen, a pesar de las restricciones culturales y de la frecuencia con la que el hombre se niega a sí mismo. La justicia vaga entre las sombras como piedras sin valor. El edificio del antiguo banco modelo

para la perpetuación de la especie fue catalogado; en su lugar, como parte de la ampliación de un centro comercial, se creó un animado museo de niños deformes. El mundo que nos rodea no sabe si vivirá más. La respiración falla en los momentos menos apropiados. Los gobiernos aconsejan evitar movimientos grandes y repentinos. El hombre creó la muerte y la destinó a sí mismo.

La muerte no nos olvida. Nosotros quisiéramos dejarla a un costado, como quien abandona un perro viejo y enfermo a la orilla del camino. Ah, qué torpe y débil es el poder del hombre. Su omnipotente soberbia lo seduce para ir más allá de las estrellas, descubrir otras galaxias, creyendo que desde el cielo se puede dominar el mundo. Es un don imposible, porque es propiedad divina o de los escribientes taciturnos, que nos cuentan desde siempre la historia de dioses que duermen en las nubes y mueven los hilos de sus marionetas en la tierra. El hombre no puede imaginar la dimensión de la fe, ni siquiera se anima a construir paradigmas desde sus precarios ideales. Siempre será una marioneta sujeta al destino del lenguaje. Cada palabra que cae desde el cielo nos abre un nuevo camino. Por ellos debemos andar, sembrar la semilla, recoger el pan, alimentar la vida. Pero la ponzoña del hombre es tóxica y convierte en insectos a sus semejantes, aunque termine destruyendo su propia especie. Con mi avión persigo a la muerte para perdurar en la memoria de nadie.









## AKIKO YOSANO (Japão, 1878-1942)

### SUEÑOS

En un sueño, yo era alguien.  
Soñé con la muerte  
como si fuera la luna pálida en el desierto.  
En otro sueño, yo era una mujer.  
Soñé con la sociedad;  
no se puede eliminarla.

### NO MORIRÁS

Oh mi hermano menor, lloro por ti  
¡No entiendes que no deberías morir!  
Tú que naciste como el último de todos  
Exige una reserva especial de amor paternal.  
¿Los padres pondrían una espada en las manos de sus hijos?  
¿Enseñarles a matar y luego morir?  
¿Así fue como aprendiste y llegaste a los veinticuatro?  
¡Hermano mío, no puedes morir!  
¿Podrías ser el Emperador, Su Excelencia?  
¿Quién no se expone al peligro de la guerra  
Pero incita a los hombres a derramar sangre humana.  
Y muriendo en el camino de las fieras,  
¿Llamar a esa muerte el camino a la gloria?  
Si Su Excelencia tiene un corazón noble  
¿Cuáles deberían ser los pensamientos que quedan allí?

## **RÍO DE ESTRELLAS**

Dejado en la playa  
Lleno de agua  
Un barco desgastado  
Refleja el cielo blanco –  
De principios de otoño.

Más veloz que el granizo  
Más ligero que una pluma,  
Una vaga pena  
Cruzó mi mente.

Sintiéndote cerca,  
cómo no podía venir  
a caminar bajo  
esta luna vespertina que se alza  
sobre campos floridos.

Era solo  
el fino hilo de una nube,  
casi transparente,  
guiándome por el camino  
como una antigua canción sagrada.

Recito su poema,  
apoyado contra esta pared helada,  
al anochecer,  
mientras sigue cayendo la amarga lluvia de otoño.

Con lo que cuento  
es con un abedul blanco  
que se alza  
donde nunca se escucha ningún lenguaje humano.

Un pájaro viene  
delicadamente como una niña  
a bañarse  
a la sombra de mi árbol  
en un charco de otoño.

Incluso a los diecinueve años,  
me di cuenta de que  
las violetas se marchitan,  
las aguas de primavera pronto se secan,  
esta vida también es pasajera.

Él estaba de pie junto a la puerta,  
llamando durante la tarde  
el nombre de mi  
hermana que murió el año pasado  
¡y cómo lo compadece!

### ***Acerca de...***

Ninguno de nosotros morirá mientras el desierto desangre sus últimas cáscaras de arena. Mientras el sueño persista en el descubrimiento de un número imaginario, la dramaturgia descontrolada de estas imágenes que llevamos a la espalda cuando cruzamos los océanos nocturnos de la escritura. También somos el torbellino telepático con el que anhelamos comunicarnos con el mundo. El silencio que nos rodea es tan primitivo que hiere nuestra alma y sus consecuencias atormentan al universo. Como experiencias visionarias desalineadas que no somos capaces de combinar entre sí para irradiar un viaje colectivo, susurros premonitorios que nos hacen saltar de una realidad a otra. No puedo eliminar tus dolores, el inconsciente biológico de tus miedos, los fantasmas integrados en cada personalidad repentina que nos devora. Incluso esa tarde en que el poema se compadece de nosotros y proyecta pasos inexistentes en nuestro descenso a otros planos, el desierto sueña que somos sus coordenadas inalcanzables, y lo que dejamos atrás, nuestras huellas y recuerdos, no es más que un drama de códigos destrozados que el viento utiliza para crear otros métodos de asociaciones paralelas.

No intentes exterminar la sociedad. Es el don más ponderado de los guerreros del desierto. ¿Por qué crees que ellos apropiaron riquezas y recuerdos de otros pueblos, si no fuera para enriquecer y darle memoria a su propio reino? Llevar de

un lugar a otro la dinastía de la raza, la llama del lenguaje, el poder de la katana, abriendo surcos de sangre y sabiduría, agigantando las largas sombras del desierto bajo el sol eterno. Llevar y después, en el sitio destinado por Izanagi, dejar instaladas chozas de cristal para que residan sus criaturas y construir una vida común, donde el canto de los pájaros sea el despertar de los días y la música de la lluvia abra el vientre de la tierra para que prosperen los cerezos y las madres de la fecundidad. De cada una de ellas el viento rescatará nuevos guerreros y los pueblos serán más fuertes detrás de sus escudos y banderas. Y crecerán hasta donde alcancen los últimos destellos del mito. En el puño que envuelve la katana estará el símbolo de nuestra raza. Y en los versos que hablan desde el alma de Izanami hallarás el desgarró de una ninfa pariendo eternidad. Porque de nuestros dioses nació la historia y del poema devendrá su muerte.

Las estaciones regurgitan las cenizas ácidas de las que las precedieron. No son como serpientes que llevan un nuevo ciclo asesino dentro de su vieja piel. El origen de cada palabra contiene un cielo y un infierno tatuados en su interior, de los cuales solo uno puede verse según el ángulo en el que esta unidad toca el suelo. Cada letra destinada a formar una palabra es un fragmento radiante de lo que puede ser bueno o inútil. El poder de la creación contiene solo un resto de lo que hará que vuestro símbolo participe en el descubrimiento de su significado último. Estos son los acertijos que nos hacen reír o llorar, sobre todo cuando rompen la piel de las costumbres. Toda filosofía acaba enseñándonos a derramar sangre humana sobre el barro informe de nuestros conflictos internos. Interpretamos la vida en su sentido más prosaico, pero cuando la esperanza nos roba la promesa de una dualidad fortuita, el espejo se niega a decir quiénes somos y lo destruimos con la piedra seca de nuestra alma.

No es sencillo dilucidar el dilema de la muerte como lenguaje. Solo adquiere sentido cuando lo usamos como una letanía para

aliviar el alma de los acongojados o explicar lo imposible ante la pérdida del significado absurdo de nuestra existencia en el mundo. Cuando ves morir al hermano menor el lenguaje actúa en sentido inverso; ya no sostiene la historia familiar desde un paño para lágrimas, se transforma en un instrumento de negación donde las palabras suenan como garras arañando la niebla, un grito de sangre contra la potestad del Supremo. Epitafios de dolor corren por las venas de los versículos anunciando la tempestad, pero no hay ninguna señal que ilumine la senda del cielo de los inocentes. ¿Allí estará mi hermano oculto tras un escudo? Quería ser un creador de palabras, no un guerrero sin enemigo. Pero, ¿para qué sirve la creación contra el filo de la espada? ¿Existe algún poder que destruya la guerra y nos regrese de la muerte? ¿Quién gana este juego perverso? Mi hermano ya no llamará a mi puerta. El mundo lo ha abandonado al borde del infierno.

No sé cuántas voces podrán compadecerse de las lágrimas de los muertos. El duelo puede no ser más que una cortina de humo, diseñada para hacernos olvidar la esencia de la muerte. Perdía a toda mi familia, en una secuencia de caídas en las que la muerte, a cada paso, me aseguraba que algún día despertaría con el fragmento primordial de silencio, en sus brazos. Quizás atado por la tradición universal del vacío. Las enredaderas de un árbol destinado al olvido. Los ríos pasarían llevando en sus aguas a la devastada población del olvido. Los círculos familiares no creían en tantas jerarquías fabricadas. Los muertos conquistan la materia perfecta. La ausencia de memoria o significado. Todo lo que ya habían practicado en la vida. Por eso la vida acaba sufriendo perpetuos reinicios. Ningún destino reconoce la división de las partes de este teatro. Los éxtasis divinos son la representación de una alegoría intratable. Las religiones fomentan la culpa y sobreviven gracias a ella. Ya no lloro por los fantasmas que aún cruzan por mi mente. No los antagonizo, pero tampoco les doy flores ni frutos. Ninguno de ellos sabrá cuál es mi intención. Ninguno de ellos me enseñó cómo matar o morir.

Escribo tu nombre sobre las cenizas del holocausto que vendrá. Lo presiento en las aves que emigran hacia las tierras

de Occidente, en las olas que golpean sobre las rocas de la playa, en los pescadores que ya no confían en el silencio del fondo del mar y en sus criaturas milagrosas. Lo presiento en la voz del tiempo que apenas resuena en los altares, cansada de tantas batallas profanas, de tanto desamor por el otro. ¿Qué hay debajo de este kimono? Solo piel lacerada, carne devorada por los mordiscos de la historia, sangre incolora, pútrida. ¿Puede este cuerpo frenar tanta ignorancia, tanto egoísmo, tamaña maldad? Yo no quiero compartir la ambición de los dioses, solo deseo ver crecer a mi hermano, sentir su risa, escuchar la música de su alma. Obsequio los frutos de la virtud, el candor del asombro perpetuo, el saber de la belleza. Todo aquello que los ancianos veneraron se pierde ahora entre mis papeles, mientras busco romper el poema que anuncia que nada hay después de la muerte. Ni siquiera la mano extendida del sueño alivia mi dolor.

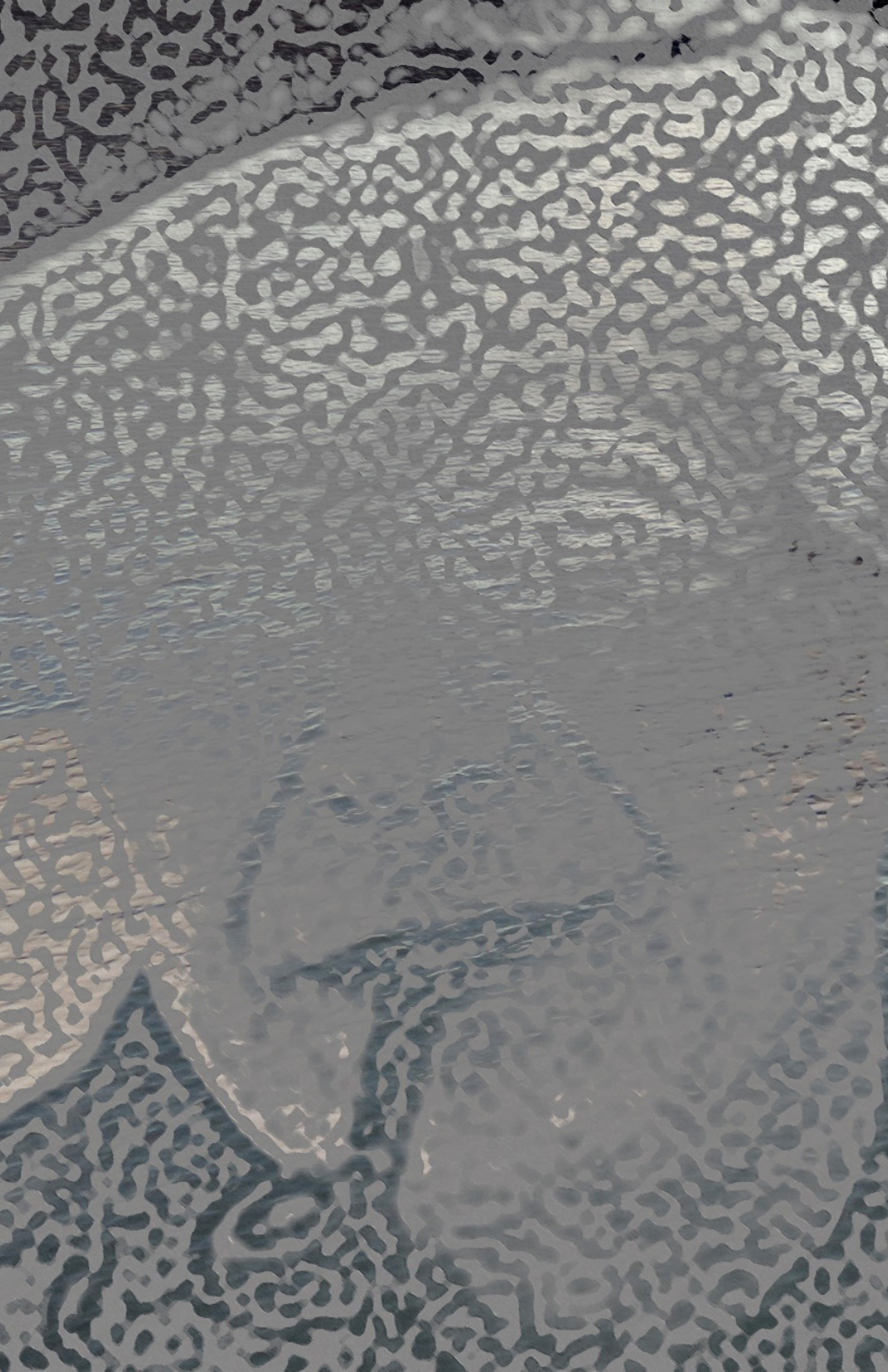
Ni siquiera los gusanos dejarán nada escrito sobre nosotros. El calor de la tierra hace añicos el calendario de tantos miedos y agonías. Todos los tratados se rompieron. Las luces –pocas– se vestían con las disonancias de las más bajas blasfemias. Las deidades se mostraron reacias a aceptar una cámara secreta como residencia de sus imposibilidades. Camellos y lagartos deambulan por los campos de sal y cáncer. Que nadie se equivoque al descubrir que su alma se ha nutrido de las sutilezas del litio y del alcanfor. Somos los perros malditos, la tormenta loca del infierno, las cicatrices que devoran los mitos y los eslabones perdidos de la humanidad. No volveremos a morir. Somos el caos cortado y el hogar empapado de pus de mil noches. Sangrados, desterrados, deshechos, todavía no nos hemos vuelto invisibles. Quizás ilegibles, como los intérpretes de nuestra omisión. Quizás ilegítimos, como los forjadores de tantas diásporas. Pero seguimos siendo herederos de nuestra propia maldición. Ya no se trata de los gritos del pecado original. Los desiertos nunca dejan de producir su doctrina de vientos. La moral ha sido traficada y paga por sus actos a lo largo de los tiempos.

El poema es un pájaro que golpea a la puerta del bosque. Despierta mi corazón con su canto delgado y pudoroso. El valle se convierte en río de amapolas amarillas. Allí estás tú, flotando dentro del perfume de los versos, como un lobo que corre tras corderos aterrorizados. No quieres alcanzarlos, menos aún clavar en sus lomos tus colmillos de algodón. Tal vez tu deseo juegue con las parábolas del viento para cautivarlos, que ellos escuchen tu aullido convertido en un sensible gemir que apenas estremece las ramas del abedul. Tal vez el poema no conserve todo el poder de la naturaleza, pero la atraviesa con la fuerza de un dardo viril dispuesto a convertir la sangre de la muerte en dulces palabras de agua. Imposible escapar de la tristeza que causa la pérdida terrenal de lo amado. Cuando la dureza de la piedra resulte más blanda que la arena ardiente bajo mis pies, sabrás que nunca he perdido la esperanza de llevar al cielo junto a ese pájaro que pregona tu hermosura. Me recibirás en tu altar de pequeño dios, rodeado de incienso, saboreando el mejor vino y cantando los versos del poema que nunca me animaré a escribir.

Alguien le dijo a un dios antiguo que no volviera a molestarnos. Aquí no habría sueños ni mujeres para él. En realidad, todo lo demás quedó reservado para unos pocos jefes tribales. Los cuerpos mutilados en la llanura ya no sirven de carroña a los buitres. Las mujeres con himen cortado ya no inspiran acoso por parte de su linaje. El mismo dios disimuló su disgusto. Ya no sabía dónde encontrar el cascarón radiante de la belleza. La fe incubada en los hornos del firmamento. Ciertamente algunos campos floridos aún se empeñan en pelar los frutos virtuosos de la resurrección. El mismo dios anciano cuyas acciones estaban condenadas a la inacción. ¿Cómo sacrificar la siesta sin perder su sueño? El otoño se acerca y el vagabundo confiesa haber vendido en el mercado las últimas raíces de su justicia terrenal. La piedra no dejó más que polvo, los más pequeños fragmentos de evangelios que nunca nos salvarían de este dios rudimentario y perverso. Dondequiera que vayamos, nada nos describirá como un grupo de refugiados que perdieron su propia sombra en el camino a ninguna parte.

Sueño con un barco perdido en el mar. Las olas expresan un extraño lenguaje que solo los viejos pescadores solitarios comprenden. Transmiten la insistencia del tiempo en verificar todo lo que ocurre dentro de esa inmensidad salubre. Cada golpe contra las maderas tiene un significado diferente, simulan timbales que imitan voces indescifrables de dioses embriagados. Las olas sostienen su ritmo constante mientras el barco desaparece tras la espuma. Presto atención: a un tono alto lo siguen tres tonos bajos. Y se repiten hasta el infinito, como una sucesión numérica de Fibonacci sumergida en las oníricas aguas del poema. Pero ya no estoy dentro de un sueño. Ahora escribo la realidad, donde la última lluvia de otoño lava las hojas de los árboles y los pájaros revolotean en la enramada; donde las violetas se marchitan porque la primavera tarda en llegar; donde ya no cabe el milagro de regresarte y decido aceptar el resto de la vida sin tu aliento de azafrán y tus frágiles manos hundidas en mi corazón. Quedarás flotando en el recuerdo, entre las olas que continúan afinando sus timbales. Quizás un navegante descubra mis versos y nos rescate del naufragio de la gloria.







## UMBERTO SABA (Italia, 1883-1957)

### EL VIDRIO ROTO

Todo se confabula contra ti: el mal tiempo,  
las luces que se apagan, la vieja  
casa sacudida por el chubasco y por ti amada  
a causa del mal sufrido, las esperanzas  
fallidas, algún bien gozado en ella.  
Sobrevivir te parece un rechazo  
de obediencia a las cosas.

Y en el romperse  
del vidrio de la ventana se halla la condena.

### AMÉ

Amé manidas palabras que ninguno  
arriesgaba. La rima flor  
amor;  
la más antigua y difícil del mundo,  
me encantó.  
Amé la verdad que yace al fondo,  
casi un sueño olvidado, que el dolor  
revela amiga. Con temor  
el corazón se le acerca,  
que ya no la abandona.  
Te amo a ti que me escuchas y a mi buena  
carta dejada al término de mi juego.

## LÍMITE

Habla conmigo largamente mi compañera  
de cosas tristes, graves, que sobre el pecho  
pesan como una piedra; maraña  
de males inextricables, que ninguna  
mano, tampoco la mía, puede desatar.

Un pájaro  
de la casa de enfrente sobre el alero  
se posa un instante, al sol brilla, regresa  
al cielo azul que lo cobija.

¡Oh, él  
dichoso entre los dichosos! Tiene alas, ignora  
mi pena secreta, mi dolor  
de hombre junto a un límite: la certeza  
de no poder salvar a quien se ama.

### *Acerca de...*

Amo la lluvia desapareja de los inviernos de Trieste, la sensualidad de los bosques serenos, la tenue luz de los atardeceres sobre las colinas, el puerto dormido en la orilla celeste del Adriático. Amo esta ciudad como te amo a ti, dentro de todos los sufrimientos, todos los males que almacenamos a lo largo de la vida. Nuestra penitencia es eterna. Escucho sonar el desafinado violín en cada rincón de la casa vieja como preludio de tormenta. Se apaga el farol y quedamos a oscuras, quemándonos por dentro, prolongando el jadeo agónico del reloj. Ha sido larguísimo el viaje por los recovecos del sueño. Solo hablamos el dialecto del beso, no existen batallas perdidas entre dos cuerpos unidos por el gozo. La limosna del silencio no alcanza para calmar nuestra congoja. Somos sombras de siluetas decrépitas que permanecen quietas contra la ventana. Contemplemos el movimiento de los pinos, la gota de agua que rebasa la cratera del destiempo. Entre tanta esperanza fallida, aún siento estallar entre tus pechos los cristales de la fatalidad.

Jugamos como si la baraja fuera la última perspectiva del encuentro. De hecho, puede que incluso sea la última víctima mortal que cuelga de una cuerda invisible. Como encontramos en una página eliminada del *Rig Veda*, es la cuerda, la serpiente con mil ataduras, la última forma de acercarnos unos a otros, la que permite que nuestras formas cambien al ritmo de nuestra respiración. Las rimas abandonadas sobre la piedra rodeada de sargazo, el mar infatigable que se vuelve alucinante cuando nos apareamos en su hogar. Respiramos unos dentro de otros, como pasajeros al azar de un destino aun completamente incomprensible. La cuerda gobierna los esfuerzos de nuestra alma combinada. Símbolo de amaneceres arcaicos, cuando ni siquiera habíamos soñado con la primera mazorca de maíz. Si hemos llegado hasta aquí no es porque hayamos sido salvos por el amor o algún otro impulso espiritual. Nunca tocamos las pajas del cielo ni rodeamos las vastas columnas de la tierra. Todo lo que construimos provino de la fuente indescifrable de la invisibilidad más aterradora. No tenemos un nombre. Todavía estamos por encontrarnos. No somos ni Dios ni cordero.

La mujer que amo no es Beatriz. No descendió del cielo para salvarme. No hay milagro que pueda alternar el andar compasivo de su humilde manera de querer. La siento vibrar levemente sobre mi cuerpo como una calandria que se posa sobre la rama más frágil. Entona esa vieja canción con el mismo ritmo de su respiración. Es ella o el Paraíso. Los versos del Dante no interceden en la elección. El reino divino está señalado para los animosos de espíritu, para los beatos que creen que la vida se mueve a través del sol y las estrellas. Prefiero la tierra árida que pisan los guerreros en busca de libertad, la insensatez de los jóvenes amantes, la enfermiza nostalgia por las pequeñas cosas que nos hacen felices. Por eso ella bebe vino de mi vaso y comemos en un mismo plato. Hemos cancelado el futuro, no hay tiempo para un destino enigmático. Nos quedamos aquí, en este cuarto con una ventana que apenas sujeta el vidrio astillado. Y pienso en mi corazón. Aún palpita gracias a la fuerza del poema que desea posarse sobre sábanas limpias para hacernos visibles y quitarnos la máscara de la certeza.

Los pájaros no regresan de sus cantos. Las cicatrices no conducen a una nueva era. Bebo los vinos descritos en escenas de lujuria, donde mi cuerpo abraza el de mi amante como si fuéramos la misma planta y sus raíces entrelazadas. Sin embargo, siempre serán siete sorbos los que anticiparemos antes de que la locura se apodere de nuestro amor con su denso follaje. Después de eso, ninguna nueva civilización vendrá a iluminar el mundo. Como una metáfora glorificada por nuestros antepasados, llevamos dentro de nosotros el día y la noche al mismo tiempo. En una estirpe de espejos deformados, el grano esconde en sus profundidades la cosecha imposible. Las perlas no regresan al fondo de los océanos. El misterio se enfrenta a la realidad intentando persuadir al tiempo para que lo devuelva a su compleja orfandad. Cuando te beso sé que somos parte de todo lo prohibido, condenados a idénticas virtudes y pecados, rompiendo el equilibrio de todas las imágenes. Cuando escribo tu nombre en mi piel, los ríos se dilatan de sensualidad, como venas buscando su vocación marítima. Sin embargo, ningún apetito deja atrás el hambre que le hizo caminar por la tierra. Las luces nunca olvidan el inconfundible espejismo de la oscuridad.

No se trata de correr la cortina de la ventana para ver la misteriosa luz de la poesía. Aún ciegos, ella flota como un cisne, purificada de belleza. Ahora siento que las palabras estorban para expresar pensamientos. No es momento para hablar de los honores del lenguaje, ni embarcarnos en un viaje místico por las aguas de las metáforas. Nada calma mi ansiedad. Siento que solo lo impuro sostiene la tensión entre nuestros cuerpos. El deseo nunca es absoluto. A veces desborda; otras, desaparece. Su vigencia ya no sostiene nada de nada, pero sigue siendo la frontera entre estar juntos o no completarnos como un mismo ser. Oscuramente vivimos. Porque los amantes prefieren verse en la penumbra, no a plena luz. De allí se observa mejor la vida; tiene una duración que no podemos captar, tampoco controlarla. Te propongo seguir el rumbo de las hormigas, en busca de callejones subterráneos, invisibles. Aferrarnos a la muerte sin que nadie nos proteja, alcanzar el resplandor fugitivo de la luna sobre nuestros cuerpos. Ya

hemos revelado el secreto guardado por ángeles y fantasmas. Lo único que perdura es la fuerza del corazón. En mis manos, la tinta se vuelve sangre, se derrama enferma de palabras. Ya nada me contiene. Sin ti el tiempo se ha vuelto irreal. Quiero seguir amándote más allá del amor.

Me di cuenta de que los libros solo aprenden a volar cuando desciframos la imagen en la que esconden sus alas. Como alfombras que disfrazan jardines en la contemplación de sus telares. La realidad última es un vértigo que nos transporta fuera de un sueño, cuando lo único que tenemos delante son los signos ilegibles de una extinción venidera. Guardamos nuestras vísceras como símbolos de un misterio ilusorio en urnas, ollas, cántaros, cajas llenas de truenos, nuestra intimidad vaciada de los sonidos en una flauta obstruida. Quizás algunas formas despierten y describan los artificios con los que todo fue destruido. Un gran árbol y su fuente de regocijo. La página donde estaba dibujado el mapa donde salimos de Jerusalén. El escape absoluto de todos los tiempos. La lámpara que guarda en su interior la impía presencia de la oscuridad. Cuando nos desorientamos, rendidos ante el fracaso de los sentidos más elementales, las líneas que indican el recorrido de los ríos, la sentencia de los vientos y hasta la transmigración de nuestros impulsos sexuales comienzan a desaparecer. Estamos tan solos que ya no representamos nada. Como un loco persiguiendo una baraja de cartas buscando una luna invisible.

Solo debo intentar hacer lo mejor. La pobreza de mi espíritu no puede malograr el ímpetu de tu belleza. Debo forjar momentos de éxtasis, llevarte a navegar por los mares de Odiseo y dejar que tu desnudez ingrese en la isla de Calipso y se bañe en el manantial de los sueños. Eres demasiado bella para creer que mi amor pueda conmocionarte. Igual persisto en la lucha de tenerte a mi lado, abrigarte con mis poemas, alimentarte con mis besos. Jamás puede haber ruptura entre la amante y el poeta. La turbulencia del miedo, el clamor de los gemidos, la clausura del deseo. Todo está guardado bajo tu

piel, como el arcón que conserva los tesoros de una princesa. Siento la ansiedad de tu voz, tus pezones encendidos, tu vientre alborozado. Mi hambre y mi sed están dentro tuyo. Tengo catorce versos endecasílabos bordados con el fuego de la fantasía, catorce torres de marfil que cuelgan de las nubes del silencio, catorce golpes de olas en la orilla de tu ciudad mágica. Asumiré el aliento de un soneto, pero trepidará con el desaliento de una asonancia desgarrada. Tal vez mi muerte, cuando apague las velas de este amor, vislumbre que no hay milagro en la oscura soledad.

Quizás así permanecerá por más tiempo la imagen de un viejo perro tuerto mientras seguía junto al altar-chimenea, en la sala donde el poeta escribía sus versos. Un perro cuya visión parecía privada de dialéctica, en su estado de demencia que prefiguraba el caos en todas las formas que descomponía en su gruñido onírico. ¿A dónde habría ido esa imagen? Las tijeras que la transportaron a otro escenario nunca confesaron. El perro doméstico no tenía nombre, su sombra parecía una tumba. En la casa de enfrente, un pájaro negro lo invitaba con su canto a explorar la geografía del azar, pero el viejo tuerto arrastraba consigo un destino inseguro. Todo en él era un tormento extremo y su última satisfacción era notar la respiración exaltada del poeta al final de cada poema. La vida se le escapaba. Oyó al pájaro insistiendo en su canto, pero su alma incluso había olvidado ladrar. No había muerto todavía porque le correspondía a él alimentar esa alma por un tiempo más. O esperaba que el poeta llegara al final de su libro.

Hoy más que nunca tengo el derecho de dudar de ciertas relaciones de cautiverio. En esta habitación ya no quedan ventanas dónde mirar. El mar se ha apagado y los pequeños barcos pesqueros del puerto de Trieste se pierden en la bruma. He viajado por largos caminos llevándote en mis brazos, como una bandera blanca que ha pacificado todos los vientos de la pasión. ¿Deseo vivir como una herencia del bien que me entregas o es preferible morir por un mal que ha corrompido



nuestras mejores horas de placer? Mi denuedo fue vencido por el arte del silencio. Solo quedan despojos de la voracidad de las palabras que buscaron conmoverte. El dolor en mis huesos se asemeja al frío de una tumba vacía. El estoicismo de Plutarco apacigua mi desgracia: *a partir de los sueños puede cada uno darse cuenta de los progresos de su virtud*. Es hora de aliviar mi carga. Debo destruir el poema o seguir amándote hasta la muerte. ¿Cuál propósito resultará imposible? Seguramente no tendré consuelo con ningún acertijo. Solo sé que el viejo perro tuerto, que ahora ladra en la calle, acompañará el rumbo de mi destino.

Una mañana la casa despertó como escombros aterrorizados de una pesadilla. No se había dejado nada en su lugar. Los utensilios que siempre fueron pocos, la tinta sin escrúpulos en mis papeles, las paredes desnudas que ahora imagino como el presagio de una tumba. Algo siniestro y sin nombre debe haber escapado del sueño para que el estado de vigilia lo vea destruir inactivamente todo lo que lo rodea. Una condena manifiesta rompió las formas, disolvió la materia primitiva de toda una vida. ¿Volvería a escribir alguna vez sin haber salvado nunca a mi amor? ¿O sufriría la misma suerte que ese viejo perro? La última carta nos recuerda que quizás Zeus era tuerto. Como el relámpago del espíritu que al final de los tiempos se vuelve ciego. Quizás seamos el vislumbre iniciático de la locura. El ser deriva del cero, cuyas vísceras son estoicamente atormentadas por el vacío. La última letra es la oscuridad primordial, como esa verdad que se esconde en el fondo y que siempre he amado. ¿Alegoría inconsciente? ¿El fondo del abismo? Ya en mis primeros escritos, con la caligrafía esquiva de la juventud, anticipé estas cartas que solo serían reveladas al final del juego. Pero aquellos papeles, todos arrugados e ilegibles, fueron devorados por los estragos del tiempo. La palabra ha perdido su orden en el mundo.







## MURILO MENDES

### (Brasil, 1901-1975)

#### **EL CORTE TRANSVERSAL DEL POEMA**

La música del espacio se detiene, la noche se divide en dos piezas.  
Una gran chica morena, que caminaba en mi cabeza,  
deja fuera un brazo.  
Alguien está construyendo una escalera para mis sueños.  
Un ángel gris agita las alas  
alrededor de la lámpara.  
Mi pensamiento mueve una pierna,  
la oreja izquierda del cielo no escucha la queja de los novios.  
Soy el ojo de un marinero muerto en la India,  
un ojo caminando con dos piernas.  
El sexo de la vecina espera dilatarse la noche, con la fuerza del  
hombre.  
La otra mitad de la noche se escapa del mundo, levantando los  
senos.  
Solo tengo el otro lado de la energía,  
me disuelven en el tiempo que vendrá, ya no recuerdo quién soy.

#### **EL AMANTE INVISIBLE**

Quiero suprimir el tiempo y el espacio  
Para encontrarme sin límites unido con tu ser,  
Quiero que Dios aniquile mi forma actual y me devuelva a ti,  
Quiero circular en tu cuerpo con la velocidad de la hostia,  
Quiero penetrar tus entrañas  
Para tener un conocimiento de ti que siquiera tú misma lo tienes,  
Quiero navegar por tus arterias y confabular con tu sangre,  
Quiero levantar tu párpado y espiarlo cuando te despiertes,  
Quiero descargar la nube para que tu sueño esté tranquilo,  
Quiero ser expulsado por tu saliva,

Quiero seguir siendo yo en tus brazos  
Cuando los terrenos de la tierra se sacuden en tus pesadillas,  
Quiero escribir la biografía de todos los átomos de tu cuerpo,  
Quiero combinar los sonidos  
Para que la música de la mayor ternura acaricie tus oídos,  
Quiero enviar tu nombre en las flechas del viento  
Para que otros pueblos te conozcan al otro lado del mar,  
Quiero forzar tu pensamiento a pensar en mí  
Quiero dibujar ante tus ojos  
Alfa y omega en tus momentos de duda,  
Quiero subir por tus piernas como si fuera un ramaje,  
Quiero acurrucarme en una serpiente alrededor de tu cuello  
Quiero ser acariciado en piedra por tus manos  
Quiero disolverme en perfume en tus fosas nasales,  
Quiero convertirme en ti.

### **ARCIMBOLDO Y LA ETERNIDAD DE LO EFÍMERO**

Agotando el stock de sorpresas en Milán y Viena, él se mueve con su asistente-demonio a Praga, la ciudad de los príncipes maníacos, rodeados de pintores, escultores, alquimistas, adivinos, nigromantes, autómatas.

Debajo del cielo ambiguo pinta figuras humanas, alusivamente signos eruditos, de que son cómplices el vegetal, el mineral, el animal. Inaugura collages con cicatrices de materiales antípodos. Exacto: para que conozcamos la flor, la piedra, el perro, mejor que a nosotros mismos.

Irónico-alegórico, realista, manierista, pre-surrealista, Arcimboldo se convierte en la eminencia marrón del imprevisto. Con semillas de relojes y estrellas de naranjas, construiría el cenotafio asimétrico de Tycho Brahe. Disputa la apariencia del mundo. Su autorretrato vegetal-mineral lo define como

emperador de los opuestos. Sorprende la eternidad de lo efímero. Destruye al hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios: desde la base original, pero de lodo.

### ***Acerca de...***

Estuve en muchas tierras hasta que el hombre reveló el corte longitudinal de su semejanza con Dios. Ha costado tanta sangre, tanta semilla, tanta explosión derivada de horas asimétricas e innumerables bocetos de autorretratos donde era casi imposible notar la diferencia entre ellos. La facilidad con la que pasaba de una hoja a otra demostraba las trampas de las apariencias, pero el hombre no se convenció y volvió a garabatear en cualquier superficie lo que imaginaba era el perfil del azar. Quizás creyó que Dios caminaba a su lado o que escuchaba sus quejas más íntimas, las frases con las que, bañado en saliva y pesadilla, mordía los pezones de las mujeres que recordaba como las grandes ramas de su precaria vida. A ninguna de ellas, sin embargo, quería llamarla madre, esposa o hija. Se convirtió en el dispendio más agotador que cualquiera podría desear para el otro. No formaba parte de ningún paisaje, sus casas carecían de piedras, sus santuarios ponían en duda sus dispersas afinidades místicas. Un día, al pasar distraídamente delante del espejo, vio el reflejo de Lautréamont en su rostro. Y se rió, observando cómo la realidad rápidamente se disolvía en la ráfaga de imágenes que siguió.

Tiempo y espacio infunden imperativos que superan tanto la realidad como la fantasía. Tu cuerpo desnudo es la vivencia más contundente. Ninguna mirada puede abstraerse a considerar la existencia del ser por fuera de tus miembros y de tu rostro. Conocer el cuerpo como la revelación de Dios ante la amenaza de la oscuridad. Todo lo que se mueve adentro, la saliva que transita por el laberinto sanguíneo, explorando las entrañas y escupiendo por la boca la sal de la creación. El ritmo de los músculos generando suaves movimientos que adquieren una

fuerza mayúscula cuando mis labios cortan la carne con el filo del beso. Levantar los párpados y verte siempre a ti, penetrada en mí, con tu color, tus sonidos, tu piel esmerilada. No tengo otra alternativa que plasmar en el sueño escenas donde tu voz me atraviesa como una flecha envenenada y agonizo sobre tu vientre con la fuerza desvanecida de un Aquiles acorralado por el fantasma del amor. La fantasía se transforma en realidad cuando el poema se hace cargo de mi propio éxtasis, al convertirme en el ojo de Dios orbitando la inmensidad de tu silencio.

El viejo ratón corrió alrededor de los pies de la estatua caída, visiblemente asustado, como si hubiera perdido sus dones de adivinación. Quizás haya algo en esta escena que deba regresar constantemente a los senos de un arquetipo materno. Los ratones saben que Dios es hembra. Hambrientas de la noche que siempre se eleva en otra coordenada con cada paso del tiempo, las ratas reconocen en las páginas del tratado de Azoth que no hay manera de cavar las entrañas de la tierra –hacia arriba o hacia abajo– como una acción solitaria. En su insaciable visión del mundo, las ratas tienen una idea muy peculiar de las plagas, como apropiación de las riquezas del mundo, como guardianas de un ascetismo que solo tiene lugar en la filtración de la humanidad. Para las ratas, la muerte es un avatar de prosperidad. Saben que todo lo que Dios aniquila acaba regresando al hombre con otro aspecto y función. Cómo conduce el poeta el rebaño de sus versos. Como Arcimboldo escondiéndose detrás de sus retratos multifacéticos como si solo le interesara robar las miradas atónitas de quienes los contemplaban. Olvidemos a la compañera hechizada de Dios, al ratón andrógino que superó la vocación humana de sus adivinaciones, a los versos en los que el poeta susurra que el tiempo se deshace y regresa con otro parentesco. Dejemos que las cosas que nos rodean signifiquen más que simplemente su opuesto. Cada día un ratón se desmaya en la bodega de algún barco abandonado. Cada día muere un marinero en la India.

La música se derrama sobre las cenizas de la eternidad. Ha cruzado la frontera de los tiempos y se detuvo en los primeros



peldaños de la noche. La promesa de retoñar como un ave fénix obra en la fe del canto ancestral. Los cuerpos de los amantes relucen como diamantes bruñidos por la pasión. No preguntan dónde hallarán el verdadero origen del poema. Quizás ocurra en la deslumbrante caverna del mito. O surja desde la sensibilidad de la metáfora. ¿Y si deviene del juicio de los Hierofantes? Quienes buscan el oro de la poesía entre las riquezas de la humanidad solo encontrarán ratas hechizadas por aquellos magos de la luz, que custodian desde siempre el conocimiento del mundo en antiguos papiros egipcios. Saben además que en láminas de piel está guardada la historia de los pueblos, el linaje de las civilizaciones que formaron al hombre como un guerrero semental, dispuesto a resucitar en cada uno de los discípulos emparentados con el espíritu de los hacedores celestiales. En la otra mitad de la noche, el amor se vuelve leyenda entre dos almas extraviadas en sórdidas cloacas, donde las ratas saborean los frutos caídos de un fresco de Arcimboldo.

Y los demonios sonríen mientras tocan sus cítaras robadas con audacia y soberbia ante la mirada atónita de los centuriones. Todo sucede muy rápido y apenas se nota cuando lo sagrado es recluido en un asilo municipal. Es el viejo dilema de las voluptuosas aguas de la verdad. Corren y corren, en un río ilusorio que nunca llega a ningún mar. El éxtasis con el que se tocan las cítaras evoca a los pájaros negros que comparten el cuerpo de Terpsícore mientras ella baila y se desenreda hasta el último aliento de su sexo. ¿Que Dios me dejaría copular con este animal subterráneo? ¿Qué bóvedas se abrirían en el Paraíso para la ceremonia de las setas mágicas? ¿De qué manera anticipada sacaremos la copia de nuestra colmena de asombros? ¿Es el árbol de la vida una concha, un cometa, un ciprés? Todos escuchamos la música que sale de sus entrañas. La forma lúbrica con la que se acaricia, su piel desgarrada mezclándose con la única pieza que la viste, esa cierva infatigable del espíritu de las tinieblas. Enciendo mis pensamientos y mis dudas quieren convertirme en su populosa criatura, con severa descendencia de matanzas y resurrecciones. Porque no es otra cosa lo que ha hecho toda su vida por su amo. Organiza la

procesión impía de sus escaleras en llamas. Dilata los pezones de sus putas. Enseña al cristal a ser el carbón más sedicioso que el fuego ha encontrado en su lecho. Mi pierna se mueve, inquieta por un calambre voraz. Un druida me desvía del oscuro rumbo de una pesadilla: – *Despierta, Murilo.*

El poeta es un hombre común y corriente. Disfruta la dicha de la vida, se satisface con los licores del placer, administra su inspiración creadora con versos que llegan desde otra galaxia. Cada noche mira la luna con el regocijo de haber descubierto una centella divina que toca la palma de la mano y lo motiva a escribir. El poeta es la tierra fecunda que la luna protege girando alrededor de ella. Y dónde viaja el sol, pregunta sin mirarlo. A ninguna parte. Pero, la tierra lo seduce y orbita a su alrededor, día por día, como si fuera la danza del derviche. Brahe experimenta el extravagante universo de las estrellas. Sabe que no son inmutables, que nacen y mueren, lentamente, como la verdad. El poema también lo sabe, pero no muere. Es producto de la alquimia de los magos que obran el espíritu, el alma y el cuerpo del cosmos. Una pócima de azufre, otra de sal y una más de mercurio. Así brotan las palabras, iluminadas por el sol, estimuladas por el frescor de la luna, hechizadas por el vuelo circular de la fantasía. Eternamente efímero, como el reloj de arena donde Dios conserva el tiempo, más allá de la frontera de los astros.

Los ojos de Tycho Brahe estaban poseídos por la adivinación de la tierra, lo que veían era un reflejo del torrente sanguíneo de su brújula geomántica. Cuando lo conocí apuntaba su lápiz como un dardo que, lanzado al espacio, calcularía el objetivo con la precisión de quien ama el movimiento. Solo este aspecto de su personalidad haría que Marte entrara por su ventana, procedente de la otra mitad de la noche, así como Arcimboldo un día demostró que había galaxias insospechadas en los sótanos invisibles de sus collages. Un día todos nos trasladamos al observatorio de nuestra imaginación y descubrimos nuevas tierras donde el paisaje era de lo más inhóspito. No lo dudaría

si en uno de estos días –inesperados y en cierto modo inevitables– Tycho y yo hojeáramos juntos, a través de un papiro encerrado en los abismos geométricos de la gran obra alquímica, un texto titulado *Sobre el nuevo poema nunca antes escrito*. Cada momento descubrimos que podemos ser mejores que nosotros mismos. Por eso la creación brilla como actividad celestial. Por eso nunca dejamos de ver lo que nos depara el horizonte como un capricho. De ahí el poema y su ardiente longevidad.

Seguiré navegando por las arterias del cielo hasta que un remolino de viento se apodere de mi cuerpo, me levante como una hoja de otoño y me aloje en el tuyo. Tengo la sensación de vivir en un estado de embriaguez, perturbado por la figura que carece de imagen, por el decir que ignora la palabra, por lo que oculta el eclipse del sueño. Estoy dispuesto a flotar sobre las frías aguas de tu pensamiento. Quiero saber adónde me guías, si a las serranías curvadas de los senos o quizás alcance la llanura fogosa del pubis. Pero solo te encuentro en el poema, muy lejos de la realidad de la pasión. Mis versos aún esperan tu regreso a la casa solitaria. Recuerdan que alguna vez fuimos la mitad de cada uno en el otro. Que celebramos cada instante de la vida con la promesa de hallar juntos un mismo punto de encuentro. Hasta que el viento me robó el deseo de escribir. Y ya no supe cómo apaciguar esta famélica soledad. Ahora doy cuenta que sin ti no valgo nada. Una moneda de cinco centavos, perdida al fondo del bolsillo, cotiza más que mi nombre enredado en los hilos de la ausencia. ¿Volverá tu cuerpo a zambullirse en la avidéz del poema?

El cielo y su familia de velos que son filtros que son presagios de caídas y eslabones perdidos con ancestros míticos. Leo en la estela de las nubes la receta secreta de los antídotos contra casi todos los males. Quizás sea simplemente el hombre que no evita a tiempo la brujería que atormenta su vida adulta. De todos los elementos, el único que excava hasta levantar de un pozo del alma el altar desde el que electrificará el caos: el fuego.

Los demás sufren tanto a manos de Dios que acaban eligiendo el desorden y el vacío como piedras que regirán su estado culminante de demencia: agua, tierra, aire. Cómo aceptamos la capucha adecuada para cada escena: la inundación, la tumba, la asfixia. Me reunía con amigos en el bar de un hotel —hace tiempo, hace tiempo— y todos se rieron cuando el camarero se dirigió a mí y me llamó Lautréamont. El orden del universo me entendió bien: un surrealista cuyo tiempo real nunca podría exceder ni abarcar. Un día todos recordarán quién soy. Ni Dios ni demonio, nunca me dejé atrapar en la cadena de causas. Un poeta que siempre receló de la equidad. Un caracol privado —como diría más tarde Aldo Pellegrini, a quien nunca conocí— que nació para identificar la pictografía de toda materia y su movimiento. El mundo se arrastra cansado a nuestros pies.

El ángel gris sabe que si toma altura cae en el abismo. Solo cabe la ilusión de quedar grabado en los trazos de Arcimboldo, sosteniendo la eternidad con sus alas extendidas al cielo de los infieles. Cree en el poema, con sus ritmos, tonos y silencios. Juega con las palabras en la vía láctea del sueño surrealista, donde no existe el orden de las cosas y deja que el viento del delirio exhale cada noche las velas de la creación. El poeta pregunta por qué razón insistir en buscar respuesta a cada revelación que se presenta ante sus ojos. Es mucho más fascinante dejar que el lenguaje se deslice por las aguas del asombro, que toque el fondo oscuro del deseo y regrese convertido en metáfora. Nada más conmovedor que descubrir que lo real es una falsedad, que prevalece la invención por encima de un mundo agónico y anómico. La única certeza para el poeta está escondida tras una máscara de precarios interrogantes. ¿Dónde está la tierra prometida? ¿Existe el dios que nos salve del próximo holocausto? ¿El olvido tiene más valor que la memoria? A veces la humanidad vive más tranquila al no recordar el hambre, la miseria, las guerras inútiles, la soberbia del poder. Pero, ¿cómo alcanzar el cielo de la belleza sin la fuerza invisible del lenguaje? Solo cuando escribe, el poeta se da cuenta que ha mutado en un ángel sin alas extraviado en el breve espacio de un poema.





**JUAN JOSÉ CESELLI**  
**(Argentina, 1909-1982)**

**LA SIRENA VIOLADA**

Sobre esas esperanzas  
Acosadas por el tiempo  
Los transformadores de la humedad  
Cuelgan sus blandos collares de musgo  
Y como sombras en putrefacción  
Se arrugan debajo del viento  
O se balancean  
Colgadas de los transatlánticos eternamente anclados  
Nutridos por el ruido de las despedidas de los que sueñan partir  
Descubriendo sus senos que son dos relámpagos cuyos  
párpados se tornan cada vez más despiadadamente dulces

Y así es como a veces  
Las vemos a lo lejos desfilar con sus carrozas veraniegas  
Sus vestidos color lluvia  
Arrastrando consigo el silencio  
Los presagios  
O viniendo del mercado cargadas con los frutos de la  
desesperación

Sus besos dejan sobre nuestra médula  
Un rastro perpetuo de inquietud incomprensible

## **LA PUERTA VELLUDA**

Rayo silvestre  
Busco mi emperador secreto  
Esa crisálida turbia que sueña con las formas invisibles del  
universo  
Con sus meteoros musicales  
Esos presagios desesperados que relampaguean entre tus cabellos  
cuando los peinas al sol

Las paredes de mi habitación se contraen cuando me acaricias y  
una mujer de ámbar  
Con las manos pálidas sobre su candor desnudo  
Tiene tus ojos como cuando te vi por vez primera  
Comprendo que por ese camino  
Las órbitas ardientes de la vida me envían su mensaje  
Con paciencia armo una trampa entre mis gestos  
Las estrellas esconden sus horóscopos y busco esa mazmorra  
donde vemos los cuerpos levitados por el centellar de los  
diamantes del deseo

Recuerdo cuando me enseñaste sentada entre tus caderas una  
larga sombra  
Había llamas y pequeñas flores celestes  
Guardaban un secreto entre el tan-tan frenético:  
Los instintos huyendo entre los pajonales

Más tarde yo recordaba mi vida  
Que es una historia hecha para esconder mi verdad



## EL MAL DE OJO

Cuando tú me amas  
Comienzan a arder los campos al otro lado del tiempo  
Y el amor se cuele entre las ranuras de la noche  
Como una mariposa herida

Levanto entonces el nivel de mi displicencia  
Hasta que el fuego se propaga por los mástiles  
Y la nave pone su secreto rumbo al descubierto  
Un mapa transforma mi amor en una peligrosa aventura:  
El mar con su pata de palo  
Jura sobre la cubierta de mis estremecimientos

Recojo las cortinas cotidianas de las trabas y la moderación  
Y mientras la noche baja a pedazos por tus cabellos  
Yo deseo mi éxtasis que parte zumbando  
Entre trozos de estrellas  
Soles perdidos  
Y el terciopelo electrizado del miedo

### *Acerca de...*

Nunca se sabe con certeza el alcance del silencio. De quien escondemos su multitud de gestos, sus ángeles desnudos al sol, el admirable árbol en flor que se niega a hablarnos. El silencio es quizás el otro mundo que se disfraza de pasos asimétricos destinados a confundir la inefable coincidencia de los opuestos. Puedo acariciarte sobre la piel de un espejo al lado de la cama. Hago de tu orgasmo imaginario mi noción (defectuosa) de la eternidad. Donde coloco el badajo de tu condición temporal, lo que oigo son gemidos de sombras. Quizás soy el más descuidado de tus amantes. Quizás soy la única realidad de tu abismo. Quizás Jung dijo que somos el vehículo de cada uno. ¿Cómo solucionamos la mecánica de nuestra aliteración sin convertir necesariamente nuestro amor en una conciencia objetiva? Ni siquiera los presagios nos personalizan.

El silencio pertenece a un mundo atemporal, donde no rige ningún gemido tenebroso que perturbe el arrobamiento de los amantes. Ellos sobreviven en una dimensión en estado latente, sin pasado ni futuro, convirtiendo las aguas de la contemplación en fogatas que iluminan la piel y se derraman sobre la cuesta del sexo. No hay distancia entre el Paraíso y el Averno, entre el deseo y el hambre. La vida fluye desde el tiempo más remoto, desde las sombras más profundas. El veneno de Virgilio penetra en la carne, derrite los huesos. Nada estimula más que la vibración del silencio. ¿Cuánta agitación provoca el relámpago de un beso? ¿En qué momento se duerme la noche? ¿Hasta dónde vuela la paloma blanca de la inspiración? Sobre una página quedan dos cuerpos ardorosamente tendidos al borde de la inquietud. Queda un espacio vacío que no ocupa la musa; tampoco el poeta. Está reservado para el lenguaje. Solo él podrá dilucidar el destino del amor.

Me alimento del monstruo que creé para protegerte. Su cuerpo arrugado sostenido por la sombra de un mito. El cielo se escapa de nuestro alcance, como un santuario embrujado. Las escaleras que nos persiguen con sus ambiciones banales. Estuve aquí dos veces y te imaginé que eras el acontecimiento necrófago con el que la memoria me consumía como si yo fuera —una vanidad incompleta— sus múltiples interpretaciones del caos. El bien aspira a convencernos de que nunca podremos heredar el mal, aunque sea por aspiración instintiva. El lenguaje permite que el aceite y el agua hagan el amor en el mismo recipiente. En el alma de toda ilusión no hay manera de separar la sangre y el vino. ¿El beso? ¿El relámpago? Son como puntos antagónicos sobre la piel retorcida de un mismo mapa polvoriento. La historia que nos pidieron contar es la puerta velluda en la que todas las tramas se relacionan con sus tormentos híbridos. Gracias a la prevalencia de esta idea errónea, el monstruo, con su hambre animal, aprendió a respetar las leyes de la naturaleza.

Sigamos el vuelo de la mariposa para descubrir el conjuro de la noche. Tal vez, el baile vaporoso de las estrellas se asemeje

a cuerpos desnudos corriendo tras sibilas y centauros por una llanura de diamantes. En este mapa irregular, donde se trastocan lo natural con lo sobrenatural, una parte le corresponde a la superstición de la historia y otra parte a las leyes de la conciencia. El deseo es un juego entre dos símbolos que sostienen la eternidad. Entre ellos tiembla la trama del amor. Solo el perfume de las flores permanece en la piel. Se atormenta el monstruo que ya nada puede hacer más que asustarse de sí mismo. Los besos se propagan en la noche como un viento marino. Las naves vuelcan. Brota la locura. Y desde un rincón confuso del misterio la noche pregunta: ¿Quién no se estremece frente a las olas de fuego que derriten los mástiles marmóreos de la justicia? Es hora de ser dueños de la palabra, de inventar otro mundo sin soledades, sin límites, sin nadie.

Cuando la nave encamina su secreto hacia lo desconocido, cuento los árboles que pasan, la transmisión de granos y semillas, las gotas de sangre que el fuego transforma en las piedras inextinguibles que follarán a sus amantes en lo alto del bosque. El tiempo, sin embargo, no siempre es así, pues la visión nocturna de los profetas atemperó las catarsis adquiridas en cada poema. Un huevo vacío de serpientes y la tormenta que salta a los brazos de Dionisio mientras su espíritu arde en llamas. Existe ese estrecho canal de tiempo en el que cada uno de nosotros quiere liberarse de su propia alma. De un lado del mapa está la provincia de horas falsas; del otro, el maniqueísmo de los libros sagrados. El poeta se esconde en el centro mientras aprende a doblar papeles. Un día finalmente comprende que las leyes nunca fueron acordes con la justicia. Sus mejores poemas nacen de este musgo de pútrida desesperación. Ahora necesita encontrar a alguien a quien contarle la noticia. Antes de que un próximo eclipse traiga consecuencias dramáticas para la palabra que ha aprendido que es indomable.

¿Dónde clava el mar su pata de palo? ¿En el corazón de los amantes? ¿En el cielo de la impureza? El bosque está preñado de criaturas salvajes que intentan sobrevivir entre la bruma

y la grama, bajo árboles corpulentos y una llovizna que cae blandamente sobre sus pelajes y carapachos. Es la ley de la animalidad. De pronto, los amantes comprenden que hay en ellos una parte bestial, similar a esas criaturas que atraviesan la maleza. Se sienten poderosos. Gozan. Comienzan a descifrar el enigma de lo oculto, el juego sensual de la luz y la sombra, el ir y venir de los pájaros con sus cantos estridentes. Mientras, el poeta despierta, delira, tiembla. El mar resume la inmensidad del deseo. ¿Hasta dónde habrá que hundirse? Un gemido abisal lo llama y quiere oírlo de cerca. Entonces busca hacia el horizonte como un ciego que intenta palpar su alma dormida. Y salta sobre las olas, vuela con la fuerza de un águila al acecho. Pero, su presa es invisible y regresa de las nubes que flotan sobre la salífera espuma. Poco a poco desaparecen las garras, el impulso rapaz, la mirada penetrante. El poeta amante esconde su animalidad. Frota sus manos en el ácido del rocío. Y escribe.

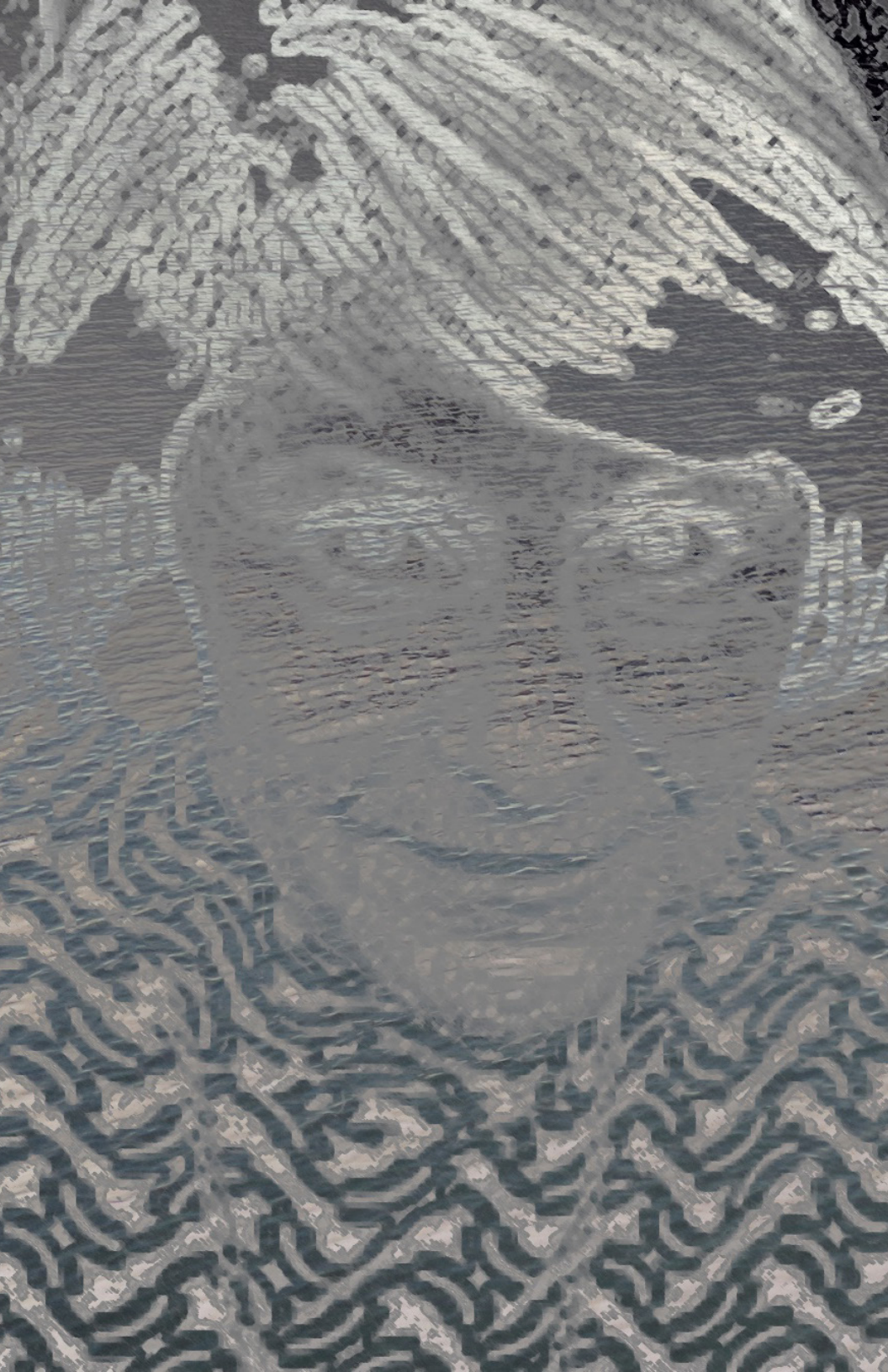
Escribe como quien aprende a hablar escuchando el tambor de las tinieblas, el aullido de dioses sumisos a tantas creencias, las mismas llaves secretas cambiando de forma según el enigma de sus puertas. Como las venas torrenciales que no encuentran la luz del mar en sus límites. ¿Cuántas arrugas dibujamos en los cuerpos al hacer el amor? La ciudad de los Cíclopes con sus tejados nupciales. El fuego repartiendo luces y sombras por las calles donde Cibebe da a luz a sus últimas hijas. ¿Cuál es el verdadero hogar de los tiempos taconeados? ¿Cuántas veces nos hemos arrastrado por laberintos como si no fuéramos más que amantes dejados atrás? ¿Qué creador concedería a todos los hombres la felicidad del olvido? Hay que tener paciencia con el follaje y los gestos, porque en cada momento una sombra distinta llueve sobre nosotros la sensualidad mística de la ilusión. Entre la impiedad y la exorbitancia, cuando pasamos sin querer de un campo a otro, rara vez llevamos consigo amuletos semánticos.

Regresa la sirena con su rayo de lágrimas a inundar las orillas de la madre tierra. Trae en su vientre el dolor de haber sido

atrapada por el monstruo de los oscuros laberintos del deseo. Su belleza no pudo esquivar el zarpazo de la barbarie. Sus gritos nunca llegaron al cielo. Y el mito se transformó en una burda canción que los dioses hicieron sonar a través de las desafinadas liras. De un mar a otro, yendo y viniendo, se fue esfumando la estela de su deshonra. Pero de pronto, el simulacro de amor convierte lo sobrenatural en humano y la sirena toma la decisión de abandonar su paraíso acuático. Emprende un largo viaje por ciudades, calles, iglesias, tribunales. Todos la ignoran. ¿Quién se anima a proteger a la amante vulnerada? ¿Cuál es el castigo que merece la impudicia? La manía de cautivar tiene cura y lo brutal es el remedio, le dice la ironía. Quítate la belleza frente a los ojos de la bestia y hallarás tu bienestar, agrega el cinismo. Resignada, la sirena busca máscaras y disfraces. Se vuelve invisible. Y regresa al fondo del mar. Ya no hay pequeñas flores celestes sobre su cabeza y luciérnagas titilantes rondando sus caderas. Un hipocampo le acerca pañuelitos de coral para consolarla.

Sí, fui un surrealista en París, como un cometa que se posó en la mesa de un café y decidió pasar 10 años ebrio de conjeturas. Sí, yo era una serpiente de fuego que fumaba presagios de una nueva era. Como una de esas estrellas fugaces que convierten el amor en una peligrosa aventura. Yo era la concha que evocaba todos los océanos y la correspondencia entre la profundidad agraria de los mares y las olas del conocimiento de los buzos terrestres. Aquel que cree que no hay necesidad de reparar los pecados cometidos. La lujuria inspira nuevos deseos, lascivos, perversos, no importa. Todo en el hombre es resultado de su inmensa voluntad de crear. Los dioses, la vida después de la muerte, el juego de las penitencias... Son cuentas ensartadas en un mismo collar de confluencias de constelaciones. Sí, fui un astrólogo descuidado que dejaba pasar los planetas de un cuadrante a otro. Con el tiempo –diez años permiten una libre interpretación de la realidad– terminé confirmando una idea que me había llevado de Buenos Aires a París: que todo en el hombre –por más grande que sea el edificio de crueldades que construya con su vida–, al final, tiende a volver a lo sagrado. Como una palabra que se ignora a sí misma.

La serpiente se desliza sobre las cenizas del erotismo. Amé mujeres que ni siquiera conocí. Me entregué a ellas desde los falsos fundamentos de la escritura. Una fantasía perversa que exploró las calles del Barrio Latino en búsqueda de un pacto secreto con la lujuria. Amalgamaba imágenes y metáforas en papeles engrasados de sudor. Imaginaba a Sade salpicando con esperma las paredes del hospicio. Sentía los labios insensibles, los ojos ciegos, la ruptura de la razón contra el borde del escritorio. Era el único protagonista de un escandaloso viaje por un extraviado onanismo mental. El sufrimiento hendido en la carne, en los mandatos bíblicos que parieron *adanes* y *evas* para explicarme que siempre estaré solo en el mundo, que la pasión fue destituida por impericia de la belleza. Sí, porque ella no supo comportarse frente al espejo, subestimó su propia dignidad con el propósito de seducir a los corifeos de la noche y embeber su desnudez en el chamán. París fue una fiesta sin músicos, una serpiente envenenada. Y mi salida del infierno fue la nostalgia por una reina de plata, el color marrón del río nauseabundo, los cafetines repletos de tangos embusteros. Lo bello que quedaba de la vida subió conmigo al vapor de la madrugada. Qué vendrá después, pensé. Seguramente el poema lo sabrá. Y mi alma surrealista seguirá ardiendo sin prisa, investida de narcisismo, en la pira de la cachondez.







## GISÈLE PRASSINOS (Francia, 1920-2015)

### [BEBIMOS SUS RAMOS]

Bebimos sus ramos y comimos sus guijarros.  
De la vieja temporada solo queda la sombra.  
Hojas de buena voluntad para los pobres.  
Ayuda de los autores y, a veces  
azules esas horas  
tumbado en el orgullo del mar.

Esta noche mañana hablaremos más cerca de las puertas.  
El día y el eco pronto estarán cansados.  
Juntos, el libro y la lámpara.  
La lana y la espalda conspirarán.  
En un breve estupor  
entre la memoria y la esperanza.

### VISIÓN TORTUOSA

Una mujer en su balcón miró el cielo, sus cabellos al viento y las manos esforzándose por retenerlos. Había pasado más de una hora, miró una pequeña nube gris similar a una lámpara grande. Sus ojos claros no se movieron, solo parpadearon una vez y otra, apenas podían verlos: eran tan negros que se volvieron invisibles.

Se quedó en este lugar sin moverse una sola vez, esperando la noche. Cuando ella vino y no había viento, la mujer bajó las manos y las dejó caer por su cuerpo. El choque la hizo abrir longitudinalmente con gran ruido. Entonces dos corazones pegados juntos escaparon con mucha sangre que terminó

expandiéndose por la terraza. Llegaron a una pequeña puerta de emergencia y allí se detuvieron secos y aún al vapor y llenos de convulsiones.

En cuanto a la mujer, ensimismada e impotente, caminó por el balcón de una manera flácida, mirando la sangre que corría por la calle, con los mismos ojos alternativamente ligeros y negros.

## NIEVE

Parece que el cielo y la tierra  
se van a casar  
Antes del amanecer el prometido  
sobre su hija  
arrojó su velo de musgo  
lenta y silenciosamente  
no para despertarlo.

Ella sigue durmiendo, es temprano.  
Pero ya exaltado  
con ganas de ir a la boda  
los árboles se ponen sus guantes  
por los miles  
y las casas sus sombreros blancos.

## *Acerca de...*

Cuántas veces se detiene la noche, esperando una ilusión alternativa, como un paseo de guantes por la plaza, alrededor de la fuente, o las pequeñas piedras con forma de gnomos esculpidas por el viento que baja por las esquinas. Lo que consideramos un espectáculo tortuoso no siempre es una casa abandonada. Hay esos momentos en los que nos cansamos de los libros o de las lámparas y las nuevas palabras dibujan líneas exaltadas que despiertan un nuevo orgullo. Y cuando

el cansancio llega del mar, con su bandada de nubes de luto, preparamos un té de algas, para que la noche sepa que ya puede recostarse sobre nuestro cuerpo y soñar con sus pájaros de llegada.

Ninguna noche tendrá la prisa de las luciérnagas que titilan en el jardín de la esperanza. El leve aire sostiene nuestra respiración y ahuyenta la ilusión de sentirnos una página en blanco, donde las letras se tornan invisibles y sin saber por qué dejamos de medir el peso de una piedra o adivinar el color de una flor. De pronto, la casa nos parece una manzana y dentro de ella cabe el mundo que soñamos. Y cada sueño es una historia sin final, un libro sin hojas, una lámpara que solo alumbraba el mínimo sitio donde las luciérnagas decidieron apagarse porque la noche no puede dormir sobre el cuerpo agitado del mar. Tendremos que esperar que los pájaros de la memoria canten otra vez.

Los sombreros cantan una canción olvidada por los vientos, con versos grabados en el alma y que hacen que los espejismos develen las lámparas ocultas en su sed. Quizás sea el cuerpo el que nos permita caer antes de que se forme una nueva visión detrás de la niebla. La belleza puede ser a veces solo un paliativo al misterio o el refugio teñido de muerte de crímenes considerados menores. La belleza de la voz. La belleza de los objetos. La belleza de la seda deslizándose por el muslo. De alguna manera siempre acabamos perdiendo los pasos inciertos de las sombras que pasan por nuestros ojos. Y lo más inusual: no vemos cuándo es el momento de despertarnos y el soñar despierto sigue socavando la vigilia.

Quien aprecia la belleza no necesita el cuerpo de Afrodita para describirla. Ella está sujeta a la imaginación del observador. Solo requiere palabras, como un cuento de hadas donde las princesas beben luces de estrellas, o como una fábula que convierte al lobo en un ángel benévolo y al cordero en un árbol cubierto de dulces panes. La belleza es propiedad de las sombras de la noche que apagan la lámpara de la conciencia. Cerrar los ojos para ver la hermosura de lo inasible, sentir

la voz del silencio, apropiarse del transcurrir de las horas. Y perseverar en el asombro, abrigar el alma con los pétalos de una rosa, creer que la vida huye del sueño de los libros y se convierte en espuma. Nada irradia tanto placer que un espejo roto. Cuando la imagen pierde su forma, solo cabe la fascinante perplejidad de haber sido otro o no haber sido nadie.

Y así fui tantas veces un rasgo y otro, una lámpara que iluminaba la piel oscura de los encuentros nocturnos y la herida que dejaba cuando el sol abría su mirada incrédula al día que parecía siempre el mismo. André, Benjamín, Paul, como sombras que despegué del cuerpo artrítico de un saltamontes imaginario, mi primer amigo que me acompañó en el automatismo de mis vértigos poéticos, estas hojas se fueron perdiendo en el tiempo, cuando noté que sus ojos eran una rama florecida de musgos y mi arrobamiento un tragaluz que se abría al infinito. Todavía canto las tortuosas canciones, mis labios hacen eco de las voces que inundan la memoria de quienes quedan más allá de mí. Soy la belleza que ciega los espejos y hace que todo lo perdido se convierta en nuevas ramas, para que el árbol de tantos abismos nunca deje de hojear sus delicados guantes.

Los versos conversan con la noche, cuelgan en las ramas, escuchan la melodía de los pájaros. La virginidad del bosque es una sagrada tentación para el canto. Habrá que volar sobre la espesura azul, sobre las espigas de la belleza, hasta alcanzar el breve cielo de una lámpara. Y quedarse allí, mirando por el balcón, en busca de los residuos de la humanidad. Pronto llegará el día que la tierra sea un gran espejo donde solo reflejen las alas de la muerte. Y los versos serán labios de lluvia besando la sombra errante. ¿Alguien escuchará el canto surrealista? ¿Quién logrará hundirse en el lodo de las musas salvajes para romper la oscuridad? El poeta deberá quitarse los guantes y calar hasta el fondo de la noche para encontrar su anillo de luz. Imposible aceptar la ceguera del tiempo. Porque mientras el reloj apura se desvanece la euforia de salvar al mundo. No hay otra alternativa: seguir sangrando hasta que

el puño caiga sobre la mesa. Al final, como en un juego de ajedrez, comprenderá que el verdadero jugador fue el poema, no quien movió los trebejos.

Los versos llevan consigo *los mismos ojos alternativamente ligeros y negros*. La noche es un antiguo tabernáculo donde rara vez nos encontramos con nuestros dioses. El hogar del universo que confundimos con tabernas desordenadas donde el vino es un destilado oscuro de amores heridos. Quizás si yo fuera una sirena habría encontrado tiempo para el amor y habría sido descubierta por los ojos de otros grumetes. O quizá todas las seducciones sean mortales. Incluso si yo fuera un pájaro con cabeza humana, mi libido, por mucho que pretendiera ser una línea más de abstracción, sería el mismo vino amargo de las bodegas sagradas de los hebreos. Un día me despertó una bandada de sombreros que parecían decirme que el surrealismo era otro amanecer, que nunca podría prometerse a nadie. Cuando estamos lejos de casa, nos damos cuenta de que las puertas son como sombras sinuosas de serpientes, que nos hacen creer que solo las tocamos cuando asumimos su forma idéntica. Cuando hacemos del mito una epidemia. Cuando nos comemos al personaje de nuestro drama a través de las páginas sobre las que se creó su existencia.

Me puse mi mejor vestido para la ceremonia nupcial. De color blanco, como la pureza de los muertos, y negro, como la hipocresía de los dioses. También llevo sobre mis cabellos una corona de espuma. Estoy feliz. Quiero disfrutar del irónico romanticismo de libertad, abandonar hábitos de la amarga pedantería poética. Necesito sustentar mi propia identidad por encima de los áridos espejismos del mundo. El cielo y la tierra cubren su piel con un cendal de amor. ¿Por qué no hacer lo mismo con mi cuerpo abrumado por la trama absurda de lo real? No quiero ser la actriz con sombrero de luces que personifica a la monstruosa soledad. Quiero ser parte de la fantasía, beber vino adentro de una ballena y emborracharla hasta que su chorro de aire húmedo me lance por el aire. Sé que

fuera del lenguaje nada emerge. Solo queda la angustia de regresar a la orilla y desandar el oscuro camino hacia la nada. Pero, quién pone este puñal en mis manos. La noche ha transformado el sueño en locura y el poema ya no puede sujetarme.

La fotografía debería decírnoslo todo. Mis hombres protectores, poetas predilectos, son también animales crueles. ¿Por qué me devoran con su mirada? *Neden beni bakışlarıyla yutuyorlar?* No soy la gata egipcia en la porcelana, ni el grabado con el puma o el águila navajo momificada. ¿Adónde pretenden llegar con mi verde inocencia? Cada uno de ellos abrió una de las siete puertas del infierno —entre tantos errores y falsedades— y yo tendría que elegir con qué espíritu acostarme. Tengo el círculo del mundo dibujado en mi piel blanca. Yo soy el pasaje inalcanzable para ellos. El tiempo pasará de mano en mano con la inquebrantable especificación de los gestos, pero mi verso mantendrá las manos abiertas, las palmas mirando el velo del espacio, una delicadamente apoyada sobre la otra. *Dhyana-mudra*, hasta que se acaben todos.

Toda la memoria cabe en el cuerpo del poema. Gisèle está pendiente de ella. Desde haber escuchado el decir de Zaratustra hasta sostener el peso de la urna griega, aprendió a comprender con su escritura la lentitud del tiempo. *Todo pasa, todo se reemplaza*, recuerda, como si el dictado del viejo proverbio francés fuera el acertijo más complejo de adivinar. Crujen las cosas dichas entre los huesos de la historia. Eligió el pulso efímero antes que la palabra estéril. Contemplar, imaginar, crear: tres pasos para generar irrealdad. No existe otra manera de golpear la puerta del arte. Quiere cruzar la frontera de sí misma, pero sabe que antes estará condenada a olvidar. Y el poema se rompe contra las rocas; se vuelve una ola turbia que se traga el mar. Deja de ser imagen, melodía, metáfora. Solo flota la osamenta del destino con su traje de mármol. ¿Hay esperanza sin memoria?, pregunta el tiempo, otra vez detenido entre las páginas del libro. La lámpara no responde. Como la poesía, aún sin luz, ilumina.







## MAX HARRIS (Australia, 1921-1995)

### **BROTE EN PLEXIGLÁS**

El brote en plexiglás junto a mi cama  
Cada vez que muevo mi cabeza  
Se vuelve un tono más profundo de rojo.

El Mogadon que me trae descanso  
Ponme a un examen nocturno,  
Sueños que resuelven mal y mejor,

Un atraco nocturno de la mente.  
Extorsiones de tipo brutal,  
Fuerzas desigualmente alineadas.

Un químico trae a la luz  
Hechos que cobran vida por la noche,  
Demostrando que hago mal a la derecha.

La rosa en plexiglás junto a mi cama  
Observa cada movimiento de mi cabeza.  
Florecerá cuando esté muerto.

### **TUS OJOS ME CONTENTAN**

Tus ojos, volviéndose tristes, me contentan,  
Porque hay en ellos un dolor nuevo y silencioso.  
Como si tus ojos, viendo ese contenido,  
Acudiera, muriendo, esa tristeza.  
Las personas gastadas viven como, muriendo,  
Ellos descansan en algún lecho de muerte anterior,  
Aceptar, amar, en esa hora.  
Los ojos tristes que todavía están contentos

En el amor que viene en la pérdida del amor.  
El amor ocasionó, lamentó, y renunció.

Porque, en el amor, en el dolor del hombre,  
El corazón se está asentando y muriendo contento,  
Todo está renunciado, determinado  
Por tiempo y pena pagada  
Y puesto en su lecho de amor,  
Excepto el amor. Tus ojos me contentan.

### **EL ROSARIO**

Cinco personas son suficientes. Las veo,  
Una conflagración de rosas, en cualquier época del año.  
Están jugando en un secreto de la edad verde.  
Ya sea que estén en ciernes o si  
Están desafiando al sol para quemarlos en el corazón.  
Son dulces y femeninas, o bailando una gavota.  
Al ritmo del clima invisible.

De este modo llega a ser que no tengo edad.  
Y estarán vigilando su risa y cuidado.

Las he nombrado, como corresponde a un buen rosario.  
Hay Von y Sa, Ryder y Sam, y  
Pedro, Pablo y María. Deja que el clima haga lo peor.  
No dejaré que les haga daño.  
Ellas prosperarán dentro de mi nudosa sombra.

Al menos, eso es lo que elijo pensar.  
Si esto no es así, los años habrán sido  
Un desperdicio. Como Elizabeth Browning contaré los días,  
y los caminos.  
Habrá sido suficiente. Miraré  
a todos los riegos que leerán.

### **Acerca de...**

Como cinco volcanes, con sus bocas insaciables y sus sentidos que nos aseguran que las heridas profundas se regeneran a una velocidad absurda. Como la imprevisión de las cigarras y la mecánica indescifrable de los cuerpos celestes. El amor tiene cinco puntas y traspasa los ojos y las entrañas de quienes lo consideran solo un refugio para corazones indefensos. Cualquier época del año canto como accidentes integrados, cualquier noche que intenta colapsar los relojes. ¿Serán cinco lunas sucesivas en este nefasto calendario que cobra alto precio por el paso de un orgasmo a otro, que recorta las alas de nuestros plumíferos y reaviva nuestras conexiones con el lado oscuro del universo? Cinco personajes elegidos para leer nuestra trama con su manto negro que le da apariencia de maldición. El teatro es el cinturón sagrado de nuestros caprichos capaz de renunciar a todos los presagios elementales. A todos los riesgos de un destino aterrorizado les diré: cinco de estos cráteres nos bastarán para comprender los desequilibrios y las fuerzas de destrucción de nuestras vidas.

Es preferible no contaminarse con la lava de la pesadez. Las heridas ulceradas de la memoria deben cerrarse de inmediato. La piel de la trama se ha convertido en una tela impenetrable y ya no podrá atravesarla el hierro candente de los malos presagios. Bajo el ojo del episcopio el poeta ve más allá de la oscuridad y presiente como las palabras caídas del árbol de la noche asisten al banquete de la creación. La ceremonia del canto universal ha comenzado con el fragor de los relámpagos. Habrá que esperar ahora la tormenta mental para cerrar los cinco volcanes que sangran bajo los últimos destellos de la luna. Ningún pájaro iniciará el vuelo antes del trueno, ningún grito de horror se escuchará bajo la lluvia de rosas. La persistencia del reloj ha superado la vastedad del mal. Ahora solo florecen poemas. Nadie repara en el tamaño de la desolación. Elizabeth Browning ha abolido todo rasgo de esclavitud. El corazón puede andar libre por el mundo.

Ahora podemos ser tantos como queramos, sin límite impuesto

por el abismo o la imaginación. Las velas que zarpan hacia el mar no temen la desnudez de aquellas horas que un día fueron arrojadas al horno caliente. Cuando miramos hacia un lado o hacia otro, mientras la disolución del mundo vacía sus maletas, vemos los fantasmas bíblicos que aún sufren por sus mensajes inexplicables. La escritura de origen extraterrestre, la biogénesis de ese estado de locura que se apodera de las creencias en entidades malévolas, todo parece un episodio polémico que lentamente retrocede llevando en sus brazos la miniatura de un arca que es la última prueba de vida del misterio. La historia abandona la escena solo para cambiarse de ropa. Cuando regresa, todavía continúa con su claridad evasiva. Nos estamos desperdiciando con un exceso de amuletos. Como los viejos ascetas hindúes, estamos *vestidos de espacio*. Al igual que la sombra desnuda de Elizabeth Browning, no tenemos a nadie a quien temer. Ya nos ha golpeado el vacío.

Todas estas representaciones de la apariencia ¿no estaban ya insertas en las primeras escenas de la historia? Hemos simulado ser padre de todas las criaturas, transformar la falsa dialéctica de los ídolos, recibir en el cielo a los pobres de la tierra, distribuir cañas de pescar y no peces, hurgar en la conciencia de la creación. La escritura no cambia de ropa. Ella no describe el paso de las revoluciones, los holocaustos, los padecimientos de la humanidad. Ella lo interpreta, al igual que la vida, el ejercicio del don, los desplazamientos del ser por los pliegues del lenguaje. La escritura ilustra la relación entre realidad y naturaleza. Su incesante proceso inventivo permite hablar a todas las lenguas, los idiomas, las razas, las religiones. Y también aprenden a dialogar colibríes, tigresas, ceibos, madreselvas. En la mano de quien alza la palabra gira el universo. Un gran vacío existencial amordaza el secreto del corazón, pero siempre está latente la memoria, esa espada de piedra convertida en una página de agua. Lo único verosímil que sostiene la historia es el misterio de las preguntas jamás respondidas.

El examen de las conciencias nocturnas que renuncian a la precisión anticipatoria de las líneas del horizonte. El estado afectivo de los ángulos más dispares en las peregrinaciones humanas. Estas glándulas primitivas que resurgen de un juego de mimetismo, cadenas que rechazan los placeres de la caza, los instrumentos sexuales de dominación. No importa cuántos aspectos caractericen la explosión de fuerzas contradictorias y el reportaje televisivo de sus principios reacios. El florecimiento de nuevos abismos palpita como una bestia clandestina en los ritos funerarios. Orfeo se mece en su trono bebiendo té de hierbas en la habitación de una torre fulminada. Hacía mucho tiempo que no interpretaba el esplendor de las muertes en las frías manos de sus semejantes. La lira crepita en la chimenea a su lado y sus acordes carbonizados son lágrimas blancas y el elocuente polvo del silencio. El amor es un heliotropo burlón cojo sobre sus mil patas, el ardor vital transmutado en un apóstol ciego, Zeus pudriéndose en el Infierno. Los riesgos han desaprendido a leer.

La muerte de la razón aturde los sentidos, deja sin respuesta a los titiriteros del engaño y causa la dispersión de los bufones del Infierno. Ningún ansiolítico calma la conciencia desbordada por los falsos testimonios de mercaderes desnudos, esclavos sin cadenas de la avaricia, que aún recorren los sinuosos caminos del tiempo buscando arrebatarse la magia del mesías. La noche se extiende por las alcantarillas pútridas y las rugosas tapias. Una reja, tan alta como el silencio, priva el ingreso del sueño. La luz se queda de este lado de la puerta. Adentro de la habitación retumba la voz de Orfeo, pero Eurídice no la escucha. ¿Cómo restituir la belleza del bosque entre tanta maleza que la acosa? Alguien abre el libro sagrado para invocar el amor con un rezo fulminante. Lee en voz alta. En cada página brota la antigua sed que ha cruzado el desierto de los fieles. La memoria se pierde en el abismo del mito imperfecto. Queda suspendida entre la niebla que emana a los costados de un camino que conduce al renacimiento. En la profundidad de la noche solo hablan las palabras que llegaron desde las piedras de Éfeso para celebrar la salvación de la eternidad.

Todo poeta quiere escribir su propio libro sagrado. Alinea las fuerzas del azar, haz que el fuego forme parte de la vela encendida y los dioses produzcan mutaciones con la cabeza cortada. Cada poeta se imagina ese cisne que Goethe predijo rebosaría audacia. Estos pájaros de la vida monástica exploran la ambivalencia de toda la carne que picotean. Son la tierra y el cielo, la luz y el fuego, el grito atrapado en la garganta y el silencio contaminado cuando el amor renuncia al dolor de la pérdida. Lleno un cofre con hongos para que ella viva conmigo hasta el fin de los tiempos. Elizabeth, Elizabeth. Pegamos los árboles como si pastáramos la metáfora de una cosecha compartida. Vinimos aquí para esto. A este inmenso coloso de columnas que sostienen la precaria gravedad amenazada de extinción. Protector, maternal, trabajador, cada poeta es un cometa hueco con sus pasos inefables y una cascada de cascarones con sus confluencias contradictorias. Una tarde la cuerda deshecha soltó el viejo cartel sumergido y carcomido que acabó en la playa de Aldinga, donde los bañistas podían leer: *El que esconde sus defectos nunca triunfa; pero el que los confiesa y los abandona obtiene compasión*. Desde entonces, el poeta empezó a buscar alguna virtud oculta en los oscuros orígenes de los refranes.

La obra del poeta es una creación visceral que intenta comprender la vida de los sentimientos. Sabe que no hay comprensión sin una idea primigenia que acuda a los símbolos y logre abstraerse al conocimiento racional del mundo. El poeta no intuye, percibe; no invoca, provoca. Se refugia en el lenguaje porque es lo único que puede transformar las formas y las emociones. La estética del poema proviene de la iluminación que provee el goce de pensar, descubrir, conmoverse. Y quiere que lo mismo suceda con esa persona gastada que no lo comprende, esa persona que alimenta de falsas ilusiones su corazón agonizante, esa persona que bajó la mirada y abandonó el amor. El poeta experimenta a través de la escritura todo lo vivido por el Otro y desea que sus ojos se contenten, que vuelvan a brillar como aquella vez que abrió un libro de Elizabeth Browning y descubrió que había otro camino para penetrar la sombra y llegar al jardín de rosas. Pudo darse

cuenta que las pequeñas cosas de la realidad siguen siendo pequeñas cosas. En cambio, los placeres de la imaginación adquieren la inmensidad de lo humanamente bello: el poema.

La noche permanece confiada en la paradoja de la gravedad. Quien adivine mi nombre tendrá la habilidad precisa de demarcar las apariencias y causas de tantas figuras que actúan como impostoras de los objetos que pasan por nuestra visión. La cama que avanza con sus atracciones lascivas, los vestidos vacíos que bailan como envolviendo a las mujeres más bellas, mis pantuflas buscando inquietamente mejores pies. La casa es un consuelo para el mago somnoliento. Por fin podrás acariciar sus instintos y disfrutar de una última ración de maná. Quizás vuelva a soñar con el momento en que la creación desciende del cielo y da vida a su creador. ¿Cuántas pequeñas figuras pueblan la noche mientras el mago duerme? ¿Cómo podemos desvelar los movimientos de estos dioses que son como destellos de conciencia que suelen permanecer secretos durante las horas de vigilia? Quizás los sueños de acrílico resuelvan algunos asuntos pendientes que no pudimos evitar. Quizás mis gafas saquen a la luz lo que antes no podía ver. Quizás la inquietud no sea más que eso: el cansancio de la intuición.

¿Qué ocasionó el derrumbe? ¿El amor o la tristeza? En la vida nos encontramos absortos por mostrar una apariencia acorde a las expectativas de los impostores y, sin darnos cuenta, dejamos de ser lo que realmente somos. Empobrecemos el alma para deslumbrarnos con la opulencia de la vanidad. Cruzamos la edad de la locura en medio de la noche. Y la muerte llama, golpea los parches del tamboril para que los cinco nombres que menciona el sueño aparezcan frente a ella. ¿Es la hora de contar los corderos que balan en el corral? El lecho humedecido por el sudor de los cuerpos ya no soporta la levedad de la conciencia. Nuestra pérdida mayor no fue el amor o la tristeza, sino la imposibilidad de creer en el cansancio del amor. La tierra fue lavada por la lluvia y las rosas se esfumaron de nuestras manos. Solo quedó el perfume suspendido en el brillo de las lágrimas. Celebremos la belleza de lo imponderable, alardeando que somos mejores despiertos que dormidos. Y bebamos el licor

de la magia, envueltos en la piel del poema. Compartamos la última píldora.







# WISLAWA SZIMBORSKA

## (Polonia, 1923-2012)

### LA CUATRO DE LA MADRUGADA

Hora de la noche al día.  
Hora de un costado al otro.  
Hora para treintañeros.

Hora acicalada para el canto del gallo.  
Hora en que la tierra niega nuestros nombres.  
Hora en que el viento sopla desde los astros extintos.  
Hora y-si-tras-de-nosotros-no-quedara-nada.

Hora vacía.  
Sorda, estéril.  
Fondo de todas las horas.

Nadie se siente bien a las cuatro de la madrugada.  
Si las hormigas se sienten bien a las cuatro de la madrugada,  
habrá que felicitarlas. Y que lleguen las cinco,  
si es que tenemos que seguir viviendo.

### NADA DOS VECES

Nada sucede dos veces  
ni va a suceder, por eso  
sin experiencia nacemos,  
sin rutina moriremos.

En esta escuela del mundo  
ni siendo malos alumnos  
repetiremos un año,  
un invierno, un verano.

No es el mismo ningún día,  
no hay dos noches parecidas,  
igual mirada en los ojos,  
dos besos que se repitan.

Ayer, mientras que tu nombre  
en voz alta pronunciaban,  
sentí como si una rosa  
cayera por la ventana.

Ahora que estamos juntos,  
vuelvo la cara hacia el muro.  
¿Rosa? ¿Cómo es la rosa?  
¿Como una flor o una piedra?

Dime por qué, mala hora,  
con miedo inútil te mezclas.  
Eres y por eso pasas.  
Pasas, por eso eres bella.

Medio abrazados, sonrientes,  
buscaremos la cordura,  
aun siendo tan diferentes  
cual dos gotas de agua pura.

## RECIPROCIDAD

Hay catálogos de catálogos.  
Hay poemas sobre poemas.  
Hay obras sobre actores representadas por actores.  
Cartas motivadas por cartas.  
Palabras que sirven para explicar palabras.  
Cerebros ocupados en estudiar el cerebro.  
Hay tristezas contagiosas al igual que la risa.  
Hay papeles que provienen de legajos de papeles.  
Miradas vistas.  
Casos declinados por caso.  
Grandes ríos con gran participación de otros pequeños.  
Bosques hasta sus bordes desbordados de bosque.  
Máquinas destinadas a construir máquinas.  
Sueños que de repente nos arrancan el sueño.  
Salud necesaria para recuperar la salud.  
Escaleras tan hacia abajo como hacia arriba.  
Gafas para buscar gafas.  
Inspiración y espiración de la respiración.  
Y ojalá de vez en cuando  
odio al odio.  
Porque a fin de cuentas  
lo que hay es ignorancia de la ignorancia  
y manos ocupadas en lavarse las manos.

### *Acerca de...*

No solo el gallo canta a la madrugada. La sirena de la fábrica llama a sus obreros, quienes comienzan andar como hormigas orientadas hacia un rumbo borroso, inalterable, que culmina en el centro de la fragua. Y mientras el sol aún bosteza del otro lado del mundo, las madres también se desprenden de las sábanas y encienden la hornalla para que sus hijos beban la leche caliente y devoren la única tostada antes de ingresar al laberinto de lápices y cuadernos. Son otras hormigas, pequeñitas, que viajan inquietas hacia el centro del aula. Todas las madrugadas son inmensamente tristes, pesadas, monótonas. Solo los fusiles están despiertos y atentos en medio de la oscuridad. También

el tractor escupe el humo del rocío mientras deshiela la tierra y el arado le clava sus colmillos, removiendo arterias infértiles y otras hormigas, más eléctricas, huyen por túneles invisibles. Hasta que de pronto llega la luz y cada obrero, cada niño, cada labrador, escucha otra vez el canto del gallo y esbozan una triste sonrisa de efímera felicidad, porque ya pasaron las cuatro de la mañana y aún hay vida. Y habrá un nuevo canto al día siguiente si el gallo y el desatino de la noche lo desean.

Las ratas roncan y se atiborran de porciones envenenadas que ya no causan ningún daño a sus cuerpos. En las cabañas resuenan también las carnes aún húmedas con el esperma de delicias a precios modestos. Las mimosas minervas tragan las lágrimas saladas de sus víctimas. En los baños sucios el amanecer ruge al aire libre. Algunas noches se niegan a volver a convertirse en días. Saben que la rutina mata más que la ilusión. Incluso los gallos pueden ir a la sartén en cualquier momento. Como una piedra o una flor. Como un fantasma descuidado o un niño indefenso. La imagen que con cada campanada del reloj queda en la puerta es la que ha sido sobornada por la perversión. La imagen que se cuelga por todos los vicios, por todas las letrinas donde cada provincia deposita su tributo al infierno. Cuando abrimos el huevo oscuro, no es el mundo lo que encontramos en su interior, sino la membrana sin vida de los sueños que nunca podrán volar. Hay un momento en que el viento sopla desde el íntimo de los papeles rotos y dentro, si nos fijamos bien, no se mueve ni una sola letra.

Se escuchan voces que retumban en las alcantarillas, en las cloacas. Son voces de la noche que provienen del sueño de los herejes que no pueden cruzar la frontera de la madrugada. Empapados de aguardiente deliran en los brazos de los demonios. Intentan alzar la mirada para ver más allá de sus hombros. No pueden revelarse contra la alteridad del sueño. Necesitan la magia para valerse por sí mismos, aspirar el aroma de las gardenias que crecen al costado del camino, adormecen en los camastros de la otredad. Movimientos de fantasmas

que encienden la hoguera de la memoria, atravesados por el hambre de la soledad, imaginando una noche con estrellas de otra galaxia. Apuestan a frenar los relojes a las cuatro de la mañana, para que no suenen las sirenas, los niños duermen despreocupados y la tierra se alimenta del sol de las luciérnagas. Nadie los ve, pero los herejes que tosen bajo la nieve escriben poemas y olvidan que pronto morirán de tuberculosis, sífilis o cirrosis. Porque no conocen mejor abrigo que la oscuridad ni mayor esperanza que la muerte. Y mientras tiritan en las cloacas avientan el fuego para que ninguna palabra quede al desamparo.

Nunca localizamos en qué parte del cuerpo se registró la hora de ida o regreso. Quizás nacimos gemelos y una mitad siempre ocultó sus placeres a la otra. Porque ni siquiera la imagen reflejada en el agua de los espejos es la misma que su origen. Es posible que las fronteras sean un descubrimiento interior de lo que de otro modo no podríamos aceptar. Y matamos por ellas. Nos dejamos perseguir por fantasmas, enseñamos a las sombras a traicionarnos, sobornamos a todo tipo de desertores para que actúen a nuestro favor del otro lado. Somos un abismo que nunca supo adaptarse a los caprichos de su propio genio. Esa chispa de luz demoníaca que desequilibra la geometría del mundo. La abundancia escatológica de nuestros arrepentimientos ambivalentes. Matamos porque tenemos que seguir matando. Como la mantequilla que rige el encierro del espíritu. Las langostas que celebran el grial de la oreja. Los granos variados que mezclamos como cebo de iniciaciones turbulentas. ¿Cuántas veces hemos sido rechazados por casualidad? ¿Cuántos grados nos escondemos de los gritos que nos esperan vigilantes? Quizás conteniendo la respiración podamos hacer algo más que simplemente matar la muerte. O seremos eternamente injustos cada vez que destruyamos las casas de nuestros vecinos.

Las noches se repiten mientras haya luna que alumbre y estrellas para contemplar. También los besos perduran entre

los amantes mientras ellos sostengan en sus labios la pesadez de la fortuna. El lenguaje mitiga todo mal cuando el amor da comida a los perros famélicos y los cuervos deben volar a las altas torres del desierto. La súplica de Catulo respira entre las nubes y susurra al oído de la escarcha: *me prometes, vida mía, que este feliz amor nuestro ha de ser eterno entre nosotros*. Creer en la palabra es la única razón que tienen los amantes para sobrevivir en medio de la incertidumbre. Los cuerpos hablan entre ellos, pero nunca reconocen el inapelable testimonio del silencio. La palabra tiene derecho a dudar de la verdad de ciertos avatares del pensamiento, o de las acechanzas del miedo, o de las derrotas de la soledad. Pero, el silencio lo dice todo a cada momento. Y cuando los amantes comienzan a escucharlo sienten que los cuerpos se relajan y que las promesas solo sirven para alimentar la imaginación del poeta. Cara y seca son dos gotas de la misma lluvia. Beso por beso caen, a la par.

Reciprocidad es un bosque habitado por viejos guantes rotos que no impidieron que el fuego borrara la memoria de los árboles. La primera señal de desgracia es cuando ya no sabemos con qué alimentaremos al espíritu. Cuando sentimos lo vandalizado que está el límite de aceptación común de lo que somos y las carpas en las que nos reunimos para escuchar las manifestaciones de cada tribu. No nos queda nada de tantos compases repetidos en sintonía con nuestros cuerpos inefables. Desaparecimos bajo la tierra como toda una tradición de refranes. Proteo rasgó ante nosotros los papiros del inconsciente. Se convirtió en la imagen apuñalada de una prostituta sagrada. Esta fue la infección de su naturaleza divina reducida a un psicodrama barato. La tierra negra donde fue enterrado Hyperion. Una evocación de paradojas donde la tierra y el agua se confunden como oráculos que han perdido su empleo. Nunca hubo ninguna victoria posible, eso es lo que ahora parecemos aceptar. Antes de que el gallo vuelva a cantar.

Alejandro cruzó el desierto acompañado de soldados entumecidos y caballos famélicos. Resistieron a todos los



obstáculos. La lluvia alivió los labios resecos y humedeció los párpados carcomidos por el sol. También la arena aplacó su ardor y amortiguó el cansancio de los pies. Nada se parece tanto a la nada en medio del desierto. También los camellos se pierden entre los médanos. Solo los cuervos acompañan desde lo alto indicando el camino. Son los guías que enviaron los dioses. Alejandro bendice con su espada en alto el vuelo ennegrecido de esas aves increíbles. Y atrás de él avanza lentamente su ejército de macedonios andrónicos, en busca de los asesinos de Filipo, el rey padre. ¿Desearán la muerte o la victoria final? La misma pregunta se hace el poema, en otras latitudes y otro tiempo, en medio de la invasión de bávaros rabiosos que infectan de pólvora y sangre las calles blancas y heladas de Varsovia. Ningún polaco sabe si la rosa es una flor o una piedra, pero estará atento al canto del gallo. Porque será el preciso momento de comenzar a avanzar junto a la memoria de los suyos para vengar con lágrimas y besos cada niño, cada madre, cada hombre abatido por la omnipotencia de la raza.

Cuando se pierden las medidas, las vocales y consonantes abandonan la plataforma y calientan el té del lenguaje en una cueva que antes se consideraba inexistente. Los niños se han ido. La decadencia hace las alforjas como si a partir de ahora fuera a partir en busca de otro reino. Es medianoche y un genio —el último que aún tiene su botella— se emborracha con la miel de una virgen con la que Alejandro le había prometido casarse. Lo cierto es que ni los reyes ni los dioses saben elegir bien el bálsamo para sus caprichos. La tierra sangrante con sus misterios insepultos no es un buen espectáculo, a menos que uno de nosotros haya preferido la mistificación a dedicar la vida al cuidado de Melusina. Ni siquiera el poema escondido en la memoria de la gente sabría hacer de una sandía podrida un ave sagrada. Las estatuas a la puerta del abismo tienen rasgos de odalisca que guardaban en su interior la llave que separa la vida de la muerte. En cualquier realidad, siempre hay un momento en el que no entendemos muy bien qué pasó con esos proverbios que alguna vez fueron tan útiles para superar las crisis. Ahora las palabras simplemente caen de las ramas más altas de sus árboles. Y ya no distinguimos el genio que nos protegerá del enviado a derrotarnos.

La reciprocidad sucede cuando lo que uno siente también sucede en el otro. De esa filosofía germina el amor y de igual manera crece el odio. Tantos años de horror enseñaron que no existen ideales perfectos. El método es común en todos los psicópatas que intentaron destruir al semejante para alcanzar el extremo de no ser amo de sí mismo. ¿Qué mundo imaginaron los hacedores de la razón? En la apariencia de defender paradigmas diferentes jamás acertaron mirarse en un mismo espejo. Se hubieran visto idénticos, como los pueblos que han sucumbido en la orfandad, entre los escombros, contaminados de pestes, alimentados con carne de ratas y panes de estiércol. ¿Cómo es posible imaginar que existen almas recíprocas? Habrá que inventar un poema para comprender nuestra existencia. Y preguntar: ¿lo tuyo es mío? ¿El dolor que sufro es tu dolor? ¿Los cuerpos destrozados reciben la misma sangre para sobrevivir? ¿Rezamos a nuestros dioses la misma plegaria? ¿Cuántas rosas se marchitan en el jardín de la paz? ¿Hay lugar en tu corazón para escuchar el lamento de un niño con hambre? Mi plato está vacío, ¿quieres compartirlo?

¿Debo decir que la noche es solo noche, aunque esté perseguida por asesinos alados y relámpagos que lo convierten todo en ausencia? ¿Que los números están sujetos cada uno a una serie de emociones inconstantes, como si fueran letras con las que aleatoriamente nos permitimos expresar su opinión sobre todo? ¿Cuántas veces el ego no es más que la suma opuesta de todas las cosas que siempre hemos soñado? ¿Cuántas preguntas tendré que sacrificar esa noche en que el mundo se desmorone? ¿La noche disfrazada de imaginaciones ingenuas? ¿La noche que Théophile Gautier decía fue atravesada por *nenúfares que arrastran a sus pares muertos de cansancio*? Aparentemente ninguna realidad arde lo suficiente en una temporada de fuego. Cada ser vivo cuesta demasiado a los muertos que lo exponen a sus complejas deformidades. Aunque el hombre es el único embrión de catástrofes. Aunque Narayana conserva en su alma algunos nódulos que solo podrán descifrarse dentro de mil años, cuando todas las fecundaciones hayan sido modificadas artificialmente. Quizás allí, en esa enmarañada síntesis del fin de los tiempos, todavía sería posible encontrar en el estómago

de alguna bestia marina, grabado en una placa de silicio, este fragmento de una conciencia perdida: *Siempre te amé mucho más de lo que me permitieron.*







**BLANCA VARELA**  
**(Perú, 1926-2009)**

**ESCENA FINAL**

He dejado la puerta entreabierta  
soy un animal que no se resigna a morir  
la eternidad es la oscura bisagra que cede  
un pequeño ruido en la noche de la carne

soy la isla que avanza sostenida por la muerte  
o una ciudad ferozmente cercada por la vida

o tal vez no soy nada  
solo el insomnio  
y la brillante indiferencia de los astros

desierto destino  
inexorable el sol de los vivos se levanta  
reconozco esa puerta  
no hay otra

hielo primaveral  
y una espina de sangre  
en el ojo de la rosa

**EL FALSO TECLADO**

toca toca  
todavía tus dedos se mueven bien  
el dedo de la nieve y el de la miel  
hacen lo suyo

nada suena mejor que el silencio  
nuestro desvelo es nuestro bosque

aguza el oído como una hoz  
a trillar lo invisible se ha dicho

para eso estamos  
para morir  
sobre la mesa silenciosa  
que suena

### **CLAROSCURO**

yo soy aquella  
que vestida de humana  
oculta el rabo  
entre la seda fría  
y riza sobre negros pensamientos  
una guedeja  
todavía oscura

o no lo soy aquí  
sino en el aire nublado del espejo  
mirada ajena mil veces ensayada  
hasta ser la ciega

la indiferencia el odio  
y el olvido  
en la fronda de sombras y de voces  
me acosan y rechazan

la que fui  
la que soy  
la que jamás seré  
la de entonces

entronizada entre el sol y la luna  
entronizada  
me contempla la muerte  
en ese espejo  
y me visto frente a ella  
con tan severo lujo



que me duele la carne  
que sustento

la carne que sustento y alimenta  
al gusano postrero  
que buscará en las aguas más profundas  
dónde sembrar  
la yema de su hielo

como en los viejos cuadros  
el mundo se detiene  
y termina  
donde el marco se pudre

### ***Acerca de...***

En la isla solo escucho el son de los heraldos, embriagados con el vino demoníaco de la sangre. El viento descuaja la piel del animal que carcome por dentro, clavando sus garras en el terciopelo de la noche. Maldigo los astros que me persiguen con la ferocidad del rayo por todos los rincones de la vida. Soy la mentora de cada pensamiento, cada sonido que emana de esta lucha despiadada contra el espejo del lenguaje. No sé atacarme, tampoco defenderme, pero siento que venzo y salgo airoso, navegando sobre aguas consteladas. La muerte me mira con desprecio. Nada nos ocurre. Somos caricaturas que representan la misma parodia de una historia mágica. Ella siempre esperando, oculta tras los meandros del río de Caronte. Pero, yo no tengo apuro, sigo respirando el aire cordillerano que baja al galope de un alazán primoroso. Detrás de la puerta asoma la silueta del poema, concebido por la espina que aún reluce como un verbo congénito, intacto, en el rosedal de mi corazón. Y cierro el cuaderno, para no herir el orgullo de la guadaña.

Pero sabemos que algo que se puede llamar destino –una franja de tierra invisible, una contraseña escrita para ser

leída al revés, un hombre sabio que se niega a compartir sus conflictos— se esconde en la savia con la que se unge la puerta que conduce a otro mundo. Resumen ilegible de este cuaderno que nos persigue. Cada vez que nos vestimos para la escena final, la mesa del centro levanta sus patas y sale corriendo del escenario. Por un momento no reconocemos si realmente somos de aquí o el mundo que cambia frente a nosotros exige que creemos un nuevo guion que trate a todos los elementos como indiferenciados con sus células-madre dispuestas a encarnar nuevos temas, nuevos vértigos en las páginas que comenzamos a reescribir. Porque esas son las voces que empezamos a escuchar. Los ojos que saltan del público como luciérnagas cuyo origen no sabemos si lo encontramos en el bosque o en nuestra mente. Éste es el notable truco de la verdad. Rehecho cada momento, ¿cómo saber a quién servirá en la siguiente página de sus recuerdos? ¿Cómo cotizar para la siembra de sus alimentos? ¿Qué nos liberará de esta verdad cuya máscara esconde innumerables personajes?

La senda para acceder a la profunda comprensión del mundo contiene una larga cadena de obstáculos. Acompaño desde la palabra los giros de la luz sobre mi conciencia. No soy una agitadora de vientos del pasado; tampoco una matona que duerme a la sombra del sauce, esperando que el sol se corra para verlo. La existencia siempre fue un conjuro de refulgencias y opacidades. En ella me refugio, enclavada en el universo de los símbolos, yendo y regresando del vigor a la debilidad, donde el asombro es la consecuencia de todo lo que ignoro. Y me quedo allí, dubitativa, vistiendo el viejo traje blanco de la dignidad, para ahuyentar los fantasmas del destino. Lo esencial ya no es invisible. Ha quedado grabado en los muros de la ciudad, en el fondo de la copa, en la hoguera de los sueños. ¿Es necesario reescribir la historia universal para saber que existo? ¿Hasta dónde alcanzará su altura el árbol de mi esperanza? Ante mis ojos se ha derrumbado el cielo de los dioses. Descubro una luciérnaga perdida en la infinitud del tiempo. Intuyo que no estoy sola, que alguien espera del otro lado de la puerta. Y el poema acontecerá, inexorablemente.

El poema con la carne sagrada de sus espejos, con las escamas de su perenne inmersión en los abismos de la imaginación, círculo mágico que gira según la voluntad de nuestras proporciones. Los restos de cada imagen que iluminamos con una inscripción que en el siguiente instante se desmorona. Si el poema quiere rodearse de estas sombras y tratarlas como un destino errante, las puertas naturalmente se multiplican y cada una que aparece está diseñada para que ese mecanismo de una divinidad sin principio ni fin no cese. A veces me reconozco del otro lado, donde lo invisible siembra sus maquinaciones. Ningún verso es fruto de la indiferencia. Solo los suicidas duermen abrazados a sus venenos, a sus cuerdas, a sus impronunciabes caídas. Incluso los ermitaños se inclinan ante el riguroso equilibrio del azar. Cortaré en pedazos la esmeralda guía de nuestras vidas y en sus porciones albergaré cada poema que me visite. Los cultos verdes del misterio y la fertilidad. Antes de que el mundo que me rodea se convierta en vapor. Antes de que las palabras pierdan la esencia de sus dramas anunciados. Todo lo que somos tiene forma de abanico, la liturgia de sus virtudes protectoras, la suma indescriptible de todos los pájaros que llevamos dentro.

Duermo en las entrañas del bosque. Llamo al duende para no sentir el ronquido de la noche. Huelo a lluvia de miel y temo que me despierte el alboroto de las palabras rondando mi sueño. Imagino una mácula de abejas que bajan del árbol, girando como un trompo sonoro, haciendo vibrar las alas frente a mis oídos. Conservo los ojos cerrados y no procuro abrirlos. Creo que no hay ningún motivo que ponga de manifiesto la verdadera emoción que genera la invisibilidad; saber que nadie puede hallarme dentro del poema y desde allí ser la hoz en la nieve, el filo de la oscuridad, la báscula que calcula lo que callo, el goce de conjugar todos los tiempos verbales representados por el infinitivo *amar*. La noche es larga y acuciante. Las oscilaciones de la escritura abruman. Escribo el palimpsesto de una dialéctica inescrutable. No reconozco el acento de mi conciencia. Me siento incapaz para sustentar el peso del cuerpo sobre la fragilidad de la rama. Voy a caer sobre la misma mesa donde la muerte devora las últimas migajas del destino. Se

hundirán mis palabras en el abismo, sin haber vislumbrado la trágica decisión de no haber deseado la piel del silencio.

Todo esto que he experimentado lo percibo como un tipo muy singular de voluptuosidad existencial. Los motivos con los que pueblo los poemas, esa impetuosidad creativa que me enseña lo saludable que puede ser la abundancia, cuando entendemos los pétalos vertiginosos de su aparición entre nosotros. Cuando encendemos el fuego para preparar el elocuente caldo de la realidad, estas imágenes poéticas asumen la función de condimentos que revelan los verdaderos sabores de la representación. El conocimiento trota como si fuera un ente inseparable de toda sombra, gesto, sentido. El lápiz es un desbordamiento de magia. El árbol que llevamos dentro eclosiona como cuevas que se abren como la equivalencia de misterios legendarios. Cuando digo que allí, no importa el lugar ni el tiempo, hay una puerta que me invita a entrar, sé reconocer que hay más de una y dejo que estos puentes, piernas, mechas, recorran mi ser en busca de sus reservas cíclicas. Así el poema encuentra su entidad profunda, el magma de su espíritu, las enredaderas con las que amarramos el cielo a la tierra, la tierra al cielo, las voces, los silencios, el horizonte inflamado de alegría.

Nunca fui lo que quise decir. Tampoco represento ahora lo que sentí hace un instante. La dicotomía del poeta frente al espejo. Dudar si la voz está de este lado o es el reflejo quien habla. Así, mi andar en la vida. Turbio. Extravagante. Conservo la alucinación de haber sido una nómada deambulando por el desierto de las palabras, sin encontrar una sombra que alivie la pesada carga de escribir. Cada poema proviene de un deseo fugaz o del dolor de la belleza. El rigor del silencio desestabiliza los sentimientos. ¿Es hora de amar? ¿Debo creer que existe un más allá? ¿Quién empuja al abismo mi cuerpo derribado? Entre el sol y la luna, cabalgan mis emociones sobre un potro desbocado. En la arena blanca se hunden sus patas, con el mismo vértigo que cede mi existencia. Pero jamás renunciaré a la pretensión de investigar y descubrir qué piensa el espejo de mí, cómo sostiene la imagen del fantasma que me acosa. ¿Podré

revelarlo alguna vez en el poema o solo seguiré encubriendo esa figura monstruosa que dibuja la vida en este mundo plagado de maldiciones? En el poema, todas las vivencias se vuelven tan reales que me conducen a la pérdida de la razón.

O quizás sea la razón que nunca ha sido digna de consentimiento o trascendencia. ¿Cuál es el motivo sugestivo que habría llevado a Eva al martirio en nombre de una tentación equivocada? E involucrando a la serpiente en esa trama, como si el pecado fuera impulso suficiente para arrastrar a la especie humana por el convulso interior de una alegoría banal. ¿Cómo podemos asociar los escombros con las causas perdidas representadas por el racionalismo? Los ruidos que escuchamos por las noches mientras dormimos son como fetiches que actúan como soporte de una creencia que nunca ha sido cuestionada. El motivo es un bosque de amapolas regurgitadas por los dioses. La resina mitigada de los orgasmos. Los rayos ciegos que ya no disciernen las figuras del sol. No nos gustará que los retrovisores nos reproduzcan en sus manuales. Los tronos de fuego escupirán sus textos sagrados sin corresponder jamás al soplo de nuestra imaginación. Nuestra libido sospecha que no existe distancia entre los sueños y la realidad. Quizás lo que existe es la exultante indiferencia de nuestra conciencia, cuando miramos una cosa y lo único que vemos es su opuesto almacenado como un fantasma agazapado en la caja de un viejo reloj de pared. Miramos los números y lo que vemos es la suma de todas las unidades fuera de lugar.

Federico García Lorca escribe una carta a su amigo Gerardo Diego. En un intento de sintetizar el don de la poesía le dice: tengo ese fuego en mis manos. Es el mismo fuego que hoy arde en mi cuerpo y se convierte en escritura cuando mi voz lo atiza y mi puño lo alza con fuerza. No importa si la voz llega a los oídos de todos o simplemente queda a este lado del límite de la indiferencia. Me alcanza con saber que la poesía construye su propio devenir. De eso se trata: hacer camino con palabras, sin recurrir a medidas extremas, sin alterar la historia

de nadie. La poesía es sencillamente poderosa porque no salva ni redime, tampoco mata, menos aún, corrompe. Además, posee dos cualidades que apabullan el poder de la infamia: la trascendencia de la belleza y el milagro de la reparación. Es por eso que escribiré hasta la muerte. En mi viaje circular la palabra va y regresa al mismo punto, sin necesidad de ir a ninguna parte. Los poemas no buscan situarse dentro del rigor del sentido o la forma; simplemente fluyen a través del rumbo cadencioso del lenguaje, entrelazados en una textura compleja que registra actos vívidos, sensaciones extraordinarias, secretos no revelados. Siento que la escritura es un brote de la mala conciencia. Pero, por suerte, tengo una casa de palabras resguardando las delicias de la vida. Y su puerta estará siempre entreabierta.

Una noche fuera de lugar y el mundo pierde el equilibrio. Lo mismo ocurre con una letra en un sueño o un pájaro en el universo. Todo agudiza nuestro olvido si no cuidamos sus raíces. Así como lo invisible siembra sus chispas de oscuridad. Vivimos para el bautismo permanente del equilibrio. La búsqueda del sutil alcanfor que alimenta nuestras vidas. Como el paisaje desnudo que es un reflejo sensible de nuestra impredecible humanidad. Los días de escritura son como el calendario de la vida misma. Nada repite ni contradice exactamente lo que fue extraído del espíritu en nombre de la creación. Una vez declaré: *Siempre he tenido la sensación de que pasamos de una zona tenebrosa a una especie de iluminación en determinado momento, y que, cuando creemos haber hallado un camino, de pronto encontramos que en esa luz que aparentemente nos guía hay una profunda oscuridad. Camino y vivo entre esos contrastes porque siempre estoy tratando de encontrar en dónde poner los pies.* Cada palabra corresponde al momento en que fue creada, sin importar la ruptura de ritmo que provoque, la frecuencia dialéctica que seduzca, el capítulo silábico que inaugure. Cada palabra es un pequeño ruido sagrado en la noche que busca su lugar en el mundo. No es por pensar en otro acuerdo con el azar que dejamos una puerta entreabierta cuando dormimos. Para que nada quede intacto ni perezca como un fósil indescifrable.







# JOSÉ EMILIO PACHECO

## (México, 1939-2014)

### **RETORNO A SÍFIFO**

Rodó la piedra y otra vez como antes  
la empujaré, la empujaré cuestarriba  
para verla rodar de nuevo.  
Comienza la batalla que he librado mil veces  
contra la piedra y Sísifo y mí mismo.  
Piedra que nunca te detendrás en la cima:  
te doy las gracias por rodar cuestabajo.  
Sin este drama inútil sería inútil la vida.

### **LA FLECHA**

No importa que la flecha no alcance el blanco  
Mejor así  
No capturar ninguna presa  
No hacerle daño a nadie  
pues lo importante  
es el vuelo la trayectoria el impulso  
el tramo de aire recorrido en su ascenso  
la oscuridad que desaloja al clavarse  
vibrante  
en la extensión de la nada.

### **LA DERROTA**

El que piensa por todos prohibió pensar.  
Su palabra es la única palabra.  
Él dice todo sobre todas las cosas.  
Solo existe algo que él no puede prohibir:  
los sueños.  
Noche tras noche  
la gente sueña en acabar con el que piensa por todos.

## ***Acerca de...***

La piedra nunca dejará de rodar. La sostendré sobre mis hombros, como el esclavo que nunca sabrá dónde termina el día. Tendré las manos ensangrentadas, las rodillas, pero mi cabeza no rodará jamás por las calles de la insignificancia. Nunca he pensado cuál es el límite de la creación, tampoco puedo imaginar el retorno a los orígenes, saber si la verdad sobre el castigo a Sísifo comprende a todos los dioses o solo es ficción para amedrentar al hombre que se esfuerza por creer que la vida es una gesta divina. Mi único camino es subir y bajar la misma piedra, porque quien está arriba me impide llegar a la cima y siempre la devuelve al llano. Entonces volveré a comenzar otra vez y una vez más, hasta que el sudor lacere la piel de la ignorancia y mis ojos puedan ver más allá del cielo. No me resignaré a dejar la escritura sin cuerpo, porque sin ella tampoco hay alma. Y si la fe se pierde en un laberinto de significaciones y eufemismos nada podrá sustentarse con la imaginación y la prédica. Solo quedará la cáscara del relato y perderé mi razón de ser. Volveré a ser inútil practicante de la rutina empujado por la piedra del hastío. Me abrazo al poema para ganar la batalla.

Lo que pienso del día inmenso y desolado con su aburrimiento de imágenes es que por muchas veces que se confunda la flecha con la piedra y lo que se debe hacer con una u otra no es algo que se pueda guardar en una cabina telefónica y a lo que se pueda regresar más tarde y hablar con alguien que nos escuchará al otro lado de la línea. Quizás sea como una balanza despiadada que confunde el pesaje de nuestro espíritu. Unos días después puedo predecir todo al revés. Ahora le toca el turno a la piedra de ser arrojada a lo lejos, donde la vista ya no puede alcanzarla. Con esto nunca sabremos si llegó al hígado de Prometeo o si flotó eternamente en el vacío con el secreto del peso ideal que pertenece a la luz y a la oscuridad. El mito es un medio invariable para no creer en otros sentidos. ¿Cuándo debemos cruzar un semáforo si no podemos distinguir sus

colores? ¿Será posible mirar fijamente la gasa que envuelve tu propio cuerpo hasta que su esencia física desaparezca y los restos de esa prenda de luz se esparzan por el suelo? ¿Existe algún espejo que se preste a este papel? Quizás realmente sea imposible soñar por todos.

Es inútil pensar por todos, menos creer que alguien o algo puede resolver la existencia colectiva. Los mesías atraen, pero ningún poema debería aceptar ser esclavos de ellos. La vida dada en sumisión es el regreso a la caverna. El culto a la libertad proviene del arte de la ruptura con emblemas y dogmas. El relato de la salvación es un pobre artilugio de la insensatez. La ilusión de poseer el universo de las palabras y las cosas residen en los sueños, en la captación de la belleza a través del apasionado oficio de vivir, en la inmensidad de la contemplación, en el regocijo de abrazar el destino con la fuerza del silencio. Cada criatura de esta tierra en llamas alienta su lucha por la libertad, aunque seguramente le pida a su dios cómo usarla. Nadie sabe realmente qué hacer con ella, ni siquiera el mensaje sagrado alcanza para llegar al reino prohibido. La semilla de los sueños siempre estará guardada en el puño del poeta, aunque los maliciosos partidarios del mercadeo se resistan a cultivarla. Ellos poseen en su haber el poder de la ciega realidad, pero adeudan desolación y muerte de la metáfora.

Cuando abrimos los símbolos, en su autopsia encontramos los signos indescifrables de su incomprendida síntesis. Cuanto más originales, menos damos en la medida de sus puntos fuertes intermedios. Lo imaginario es una intersección de demonios suspendidos en el tiempo. Cuando vislumbramos los dolores hereditarios, en su polvo latente en el útero, desciframos los inventos misteriosos, las frases que son prueba de ritos religiosos ocultos, las pequeñas piedras con sus velos de limo, la sublimación de los instintos metafóricos que anticipan nuestro paso por la tierra. En cualquier caso, al más mínimo movimiento de sombras en esta esfera inhóspita identificamos

la presencia informe de Hesíodo, el conflicto que sembró entre todos los seres, nuestra incapacidad para adaptarnos a los ideales de sucesión más simples. La aparente extensión del abismo crea una cadena de mutilaciones entre bienes y leyendas. Si es necesaria la derrota, le daremos un ave de sacrificio. A los complejos les encanta acostumbrarse a sus roles opuestos.

El pensamiento es una flecha que no necesita dar en el blanco para consagrarse ante los saberes inescrupulosos. Aunque el viento del poder altere su vuelo siempre acierta en diferenciar el bien del mal, lo profano de lo sagrado, la verdad de la mentira. Como un profeta que proviene del desierto abreva su voz en las aguas de los símbolos y los signos para remedar la ignorancia desde la fuerza del lenguaje. El ritual de los hábitos cotidianos definió el origen del mundo y no hubo trabajo que el hombre no aprendiera y no hubo día sin trabajo. Hesíodo le dio sentido a la vida funcional de cada familia y construyó un relato de providencia. Así, los modos de pensar articularon relatos míticos con prácticas sociales y el lenguaje creció entre ellos, sujeto a la naturaleza de la razón. Y de pronto asomó el poema como una flor oculta en medio de la naturaleza y desde su condición plebeya encandiló a los sabios y, más tarde, emancipó las almas apagadas. Su magia incitó a la fechoría y ella fue en busca de la verdad. Y la palabra se hizo pensamiento. Es la leyenda que contaba un anciano profeta, quien confesó que los pueblos sin escritura nunca existieron.

Los cuerpos comenzaron a caer de las ramas más altas del gran roble. Cuando todas las hembras salían a cazar, la soledad remaba como una conjunción de conciencias reunidas en una misma canoa, río abajo, río arriba. Las astillas de los deseos, los guijarros de los sueños, el pedernal de aquellas figuras imaginarias, todo fue inútil hasta que la noche demostró qué pequeñas bestias debían ser suspendidas en la hoguera central de cada pueblo. Ciertos animales estaban prohibidos debido a sus poderes mágicos. Los animales oscuros con sus ojos lunares.

Los que eran a la vez los dominados por espíritus superiores y los iniciados en los trucos del lenguaje. Había que reconocer toda aquella infusión de augurios como el pasto favorito de los dioses. El adivino escribía con su propia pembra sobre la arena mojada. Las casas se apiñaron para entender el mensaje. La impetuosidad de los huesos dio origen a la escritura. La tierra tembló. Cada noche el mundo cambiaba de lugar con el mismo ímpetu con el que despertaba representado por otro animal. Sísifo plantó montañas dondequiera que iba.

El poema asciende al escalón más alto de la cumbre. No basta la sombra del roble para amansar su envidia. Es un corcel desbocado que cruza los ríos con la potencia del rayo. Aspira a torcer la voluntad de los pueblos, emancipar al hombre que perdió la brújula, al prestidigitador advirtiendo que la esperanza es una cosa hermosa pero imposible, a las doncellas que arrojan palomas a las bestias. El poema no es canto preferido de los dioses. Le tienen inquina porque explora las imperfecciones del mundo y les quita el poder de la ilusión a los dóciles creyentes que aún labran la tierra, que rompen la roca con sus picas y acarrear el agua de los pozos para apagar la sed de la pobreza y el desamparo. El poema no es igual a ellos. Detesta las deidades impostoras. Prefiere golpear en la puerta de cada casa y salvar la luz que yace oculta en los rincones enmohecidos. El mito de Sísifo no debe morir. Es la herramienta que transforma la realidad en una calabaza, la magia que perdura en la mirada, la palabra que se incrusta en una imagen rota, cada grito silenciado que solo el poema puede despertar.

Hay un momento en el que nos preguntamos qué queda de tantos orgasmos, de tantos paseos extáticos por la vida. Hasta cuándo seremos nosotros los actores renovados de esta disipación de energía. El instinto nos lleva a simular una lujuria enmascarada, todos los yoes destrozados, la perversa armonía de la creación. Cuántos versos desafiados en medio de la tormenta desatada por Orfeo. Somos los marginados de

una realidad bajo sospecha. Quizás el centro del mundo sea una gran mentira. Preparándose para los mitos de la fertilidad, las sílabas sonaban en instrumentos inagotables. Un dios para cada triunfo resucitado. ¿Cuántas veces hemos guardado en una misma caja fuerte imágenes de Osiris, con su disociación colectiva? ¿Dónde enterramos los huesos y las semillas de tantos principios expuestos? Lejos de la flecha, lejos de la piedra, la palabra es otro tipo de animal. Indomable, en su reino de sutilezas. Como todo poeta me recreé en *la extensión de la nada*.

Tu sueño está a salvo, poeta, no corre peligro alguno. Has aprehendido, entre verbos y sustantivos, que el maleficio de toda sociedad es no haber interpretado fielmente el arte de la tragedia. Como en una obra de teatro, los pueblos simbolizan actores que conectan el pasado con el presente y encarnan las vicisitudes que lo agobian. Y, para aliviar la pesada carga, incorporan endebles argumentaciones de felicidad. Este drama escénico proviene desde los orígenes de la compasión. Ni las religiones, ni los sistemas filosóficos, han podido ayudar a quitarnos el velo del rostro. Tampoco el látigo sobre la espalda. Menos aún, llevaron a la mesa un plato de comida. Los que hablan por nosotros no tienen nuestra voz, son marionetas colgadas en una veleta que solo mueve el viento del poder. Pura falsedad. Contrariamente, tu sueño es demasiado real. Absorbes el vino del desencanto, te ilusiones con reparar sentimientos e impones resistencia a todas las flechas, las piedras, las batallas, las prohibiciones. Ves la muerte y te ríes a carcajadas. Por eso sigues vivo. Porque el lenguaje te enseñó que la peor derrota sucede cuando el poema cree haber vencido.

Está abierto el diccionario, ese enigma fortuito que Pandora ha dado a todos los poetas. Caja de tramas fabulosas pero fraudulentas para quien no sabe descifrarlas. Trucos de magia, que hacen que los sentidos se trasladen de un mundo a otro. No hay moraleja detrás de la solidez de sus entradas. Sin

embargo, esta insólita artimaña refleja el vuelo del Roca, el pájaro de las mil y una noches. Los poetas son cazadores de Dios. Móviles, como una cadena de rocas, o imperfectos, como las ideas de un círculo. Roca, rosa, rueda... Los labios de este enigma son como las noches dilatadas en el rostro del creador. Una página basta para ascender al Infierno y sumergirse en las profundidades celestiales. El objetivo no importa. Dentro de cada palabra es posible encontrar otra, interior, que comprende la representación de un mito persuasivo. Uno de nosotros tendrá que reconocer que no existe mediación divina. La vida no es más que una extensión perenne de absurdos. Puedo ver cómo un catálogo de perversiones chupa la energía vital de todos los seres. Noche tras noche, las palabras confiesan los límites que no pudieron aceptar. Pandora se lleva la mano a la frente, en un último gesto doloroso, consciente de la desgracia que ha causado a la humanidad.









## GONZALO MILLÁN (Chile, 1947-2006)

### **NIDO**

No me alabo. Hago por ti  
lo que por su hembra  
un pájaro carpintero:  
el nido en un árbol podrido.

### **NIÑO**

Encontrarán siglos después,  
cuando solo queden los envases  
de una sociedad  
que se consumió a sí misma,  
sus restos  
de pequeño faraón dentro  
de un refrigerador descompuesto,  
enterrado  
bajo unas pirámides de basura.

## PISCIS

Los ojos de los peces  
estaban  
siempre mirándonos,  
abiertos y voraces,  
desmesurados como soles.  
Y lo ignoramos  
con nuestra ceguera  
de gusanos,  
atentos únicamente  
al dolor del anzuelo.

### *Acerca de...*

Aquí está nuestro nido, envuelto en llamas de viento. El barro se desliza entre los bordes incrustados en el corazón del árbol más alto del bosque. Elegí este destino de pájaro carpintero para trabajar en los cráteres ardientes de tu cuerpo y en las aguas sumergidas de tu alma. Tallo palabras de amor en su corteza y escucho tu voz repitiéndolas cada mañana. Tal vez el árbol nos contagie su podredumbre, pero, al igual que la vida, lo tomaremos como un desafío, un sendero de nubes por el cual volaremos juntos hacia el río solitario. Déjame que mi locura te abrace y transforme tus alas en el manto de una diosa pagana que se alimenta del néctar de las flores. Las aves aprendimos hablar un idioma de signos indescifrables. Deja que el cazador imagine que poseemos su mismo instinto. Quiere parecerse a nosotros, adquirir el color de nuestro plumaje, escuchar el canto virginal, sentir el crepúsculo suspendido en el aire. Pero tiene la mirada criminal sangrando en el gatillo, no conoce más placer que la muerte. No es fácil ser hombre en la profundidad del bosque, enredado de sombras que lo convierten en otra presa indefensa.

En pleno vuelo, el pájaro contempla el espejo del río seco y ve reflejada su imagen como un pez que desconoce el dolor del anzuelo. El pez nada en el vacío mientras recuerda sus días de Pegaso. Todas las fuentes fueron absorbidas por el galope de la metamorfosis. Las fábulas relinchan, los caminos abren afluentes en el desfase de los rayos que escriben sus ardientes metáforas sobre la piel del desierto. Todos los árboles imitan una región podrida, donde los dioses lloran sus pecados y los lagartos aceptan que serán el último alimento del mundo cuando todas las virtudes fueren evisceradas. El hombre dibujó una piedra que cubría la visión de su propio destino. Las rocas no sabían ser piadosas. El hombre sí, pero hacía mucho tiempo que no se interesaba en cumplir viejas profecías. Todo fue un espejismo. Las formas fueron recogidas por un molino de alcohol. Toda la naturaleza no era más que un cálculo lejano de un mito que había ido en busca de su origen y perdido el camino de regreso.

Estoy dispuesto abrir el sarcófago para clausurar la ceremonia del retorno eterno. No es cierto que la infancia es sagrada. Tampoco hay otro cielo poblado de sumisos arcángeles. El niño que duerme en los umbrales, rodeado de cartones y botellas de plásticos, nunca regresa al sitio donde salió, porque no hay nada ni nadie más allá de su mirada. Es un niño que simboliza el lado oculto de la tragedia humana. Niño arropado de espanto, que camina enmascarado en largas procesiones de hambre y miseria. Ha llegado al bosque de la fertilidad para compartir el alimento de los pájaros. Su único don es la sed de orfandad, el gemido agudo de auxilio. Las ramas tiemblan como los pliegues del desierto tras el paso de los faraones. La historia está plagada de niños tendidos en el desamparo. Son profecías del horror. El bosque lo rescata de la muerte. Y lo lava con sangre lunar. No hay hadas sobrevolando ni licántropos en la maleza. El niño tampoco sabe qué hacer dentro de una fábula.

Las sombras no saben con cuántos colores se pueden describirlas. Hay una frase en turco que siempre debes decir

frente a un espejo: *Tanıştığıma memnun oldum*. En ese momento las luces se pierden en la oscuridad y las profecías se desmontan como si hubieran perdido su energía vital, su virtud mágica. No es fácil recuperarse de este sentimiento de vaciamiento del ser. Como si hubiera sido absorbido por algo infinitamente mayor, una fuerza de asombrosa interferencia semántica, un verbo que arrepiante el espíritu y destroza el corazón. Quizás ésta sea la lastimosa oración del pájaro carpintero. Este eje sin nombre del mundo, que se traga todo lo que se le acerca. Amor, ruina solar, orgasmo putrefacto. Sin embargo, si el espejo sigue en el mismo lugar, es mejor olvidar la tragedia de la imaginación y volver a decirse a uno mismo: *Encantado de conocerlo*.

Frente al espejo los pájaros no cambian su figura. Son marionetas que despliegan sus alas parpadeantes, arrojando serpentinatas por el aire. Sombras chinescas dibujadas por las manos de la lluvia. Por el contrario, el hombre frente al espejo muestra su alma desnuda, sin patria ni religión, desprovisto de palabras. Cree verse diferente, tan poderoso como el árbol más alto del bosque. No sabe que un árbol viejo es siempre mejor que un hombre nuevo. Allí está con sus ramas extendidas en permanente reposo, cuidando los nidos, siempre alerta. El hombre solo está atento a los embelecos de la arrogancia. El espejo festeja sus pequeños rituales que suponen querer conservar algunas costumbres tradicionales. Refleja tenuemente los estímulos de las insípidas pasiones pasajeras, las inmorales extravagancias de la historia, los atávicos sueños incumplidos. Allí está su mundo imposible, donde cada palabra dicha se desvanece en el zumo de la retórica. Los pájaros prefieren el vuelo breve hacia la rama. El hombre se arrastra por el fondo de un basural.

Soy el poeta y me alegra saber que estás aquí, aunque no sé quién eres. Un árbol nunca es ajeno a los abismos que crecen en el bosque. Incluso cuando se mantiene alejado de todo, el árbol despunta las hachas que surgen del horror, levanta un

santuario de mandíbulas que mastican la carne profanada de la tierra. Soy el sabor del fuego y los restos de esculturas de sombras que el tiempo olvidó rehacer. Todo en mí es favorable al estado sutil de tus caídas. Aunque me pierdas por siglos, seguiré siendo tu diosa ardiente, el pilar central de todas tus fiestas paganas, la noche del jaguar que te llena de deseo y perdición. Incluso después de unos milenios podrás ver que mi cuerpo está abierto como una plaga de placeres. En mi sed encontrarás tu agua más cristalina. En mi sueño podrás despertar como una horquilla que señala la dirección común de todas las cosas. Si en algún momento podemos silenciar la oscuridad, las leyendas compuestas en nuestro nombre – el hombre y la naturaleza– hacen evidente que el tiempo se multiplica en nuestro honor.

El poeta suele ser torturado por la escritura, sobre todo cuando se escapa de los ojos indagadores de los sueños. La diosa blanca revela el maleficio de los peces que bullen bajo las aguas, apresados en corrientes turbulentas que viajan hacia las fauces de la serpiente. En el fondo vencido por la oscuridad no crecen árboles. Solo flotan gusanos crucificados en anzuelos. Y las palabras que el poema ha perdido quieren esquivar esos anzuelos que textos devotos y narraciones confusas arrojaron al río. Palabras dispuestas a emerger y nadar libres sobre el papel en blanco, lejos de cánones oxidados. Palabras tapadas por piedras que sostienen falsas creencias diabólicas, embrujadas por el conjuro de la perdición nocturna. Palabras que ignoran la metamorfosis de la serpiente y se cruzan con el jaguar sigiloso, henchido de fuego, apostado en el centro del bosque. Entre sus garras afiladas, siglo tras siglo, dormitan imágenes sensoriales y metáforas alucinantes que la escritura siempre ha deseado. Pero el poeta salió del sueño y quedó atrapado en la red de los peces, a punto de quedar atravesado por un anzuelo.

Un día me apropié de la rosa como símbolo de belleza. Podría haber sido el girasol o el crisantemo. Y en ellos admiraríamos

su exuberancia o nobleza. Quizás la rosa nos inspiró a diseñar el primer laberinto, así como la cebolla nos guió para adentrarnos en los círculos del infierno. Cuando vi una rosa mosqueta abriéndose para mí, inmediatamente me arrodillé y creé la primera religión. Desde su centro copié la mesa en la que se reunían los guerreros santos para decidir nuestro futuro. A lo lejos los gusanos me miran. Si consagro mi vida a la regeneración de las especies, me golpean con sus miradas fulminantes y su asamblea invisible. Las noches están llenas de sacrificios. Barcos errantes. Sal en las pesadillas. Deseos fermentados. Cuando despertamos los zapatos están desnudos y desconocen los caminos. Debo haberme equivocado con los condimentos. ¿La rosa realmente sería tan hermosa? ¿Será que, como en Eclesiastés, todo lo que dibujé fue creado para la punición?

La belleza es el camino de la pérdida. En ella nada es veraz. Hasta las rosas parecen burlarse de mí, cautivándome para que pierda la razón por esa hembra que ya ha dejado de ser parte de un secreto. Su nombre se ha vuelto silencio, espina, veneno. Nunca creyó en la alabanza del poema, se burló de las metáforas, opacó la lucidez que irradiaba las entrañas del pensamiento. Ahora quiero arrancarla del árbol sin sombra junto a las rosas del jardín que se hunde en el barro del olvido. ¿Cómo justificar el amor que no fue? El mayor engaño provino de la impunidad de la belleza. Pero la fortaleza del poeta reside en creer que la imaginación puede combatir contra todas las mensajeras de Eros. Honra su monogamia literaria con la potencia de la escritura. El tiempo de la creación estriba en la facultad de conmovirse con nuevos deseos. Y advertir que la belleza no anida en lo que uno ve, sino en lo que construye la mirada. Tan relevante la palabra hendida en la pasión. Aquella hembra cayó del nido. Y el pájaro carpintero ya no rompe su pico contra el árbol. Decido cortar todas las rosas para reinventar mi corazón, la voracidad de la lluvia, el perfume de quien nunca estuvo a mi lado.



Uno de nosotros debería venir aquí y provocar el fin de los tiempos. Esa palabra prisionera del origen del abismo. El faro que teje en su interior la oscuridad más hambrienta. ¡Deméter, déjame ocupar tu centro! Incluso si me consideras el más deforme de tus amantes. Un demonio cojo que ha perdido su bastón, un enano ciego confundido por su priapismo, un cíclope raquíptico que se ve obligado a alimentarse de hojas. Ah Deméter, te ofrezco mis dientes, las alas que aún están por nacer, el lugar más propicio para mis revelaciones. Todo para que ya no me alejes del mundo. Siglos después de tantas encrucijadas, quiero volver a sentir el dolor del anzuelo, la saliva de las tormentas, las apariciones que extraen de sí mismas opciones irreversibles. Que seas mi hembra, mi elixir de virtudes, mi fijación en el número de tu pacto con el universo. Escolta mis deseos a la cueva de tu caos. Baña mi piel con tus aceites contradictorios. Fertiliza en mí el más convulso de los territorios de la escritura. Que seas mi nido, mi infancia, mi signo. El libro de nuestras espirales más eróticas. El esqueleto de dios que nos envió de regreso a casa. El escarabajo que le dijo al sol que nunca lo dejaría morir. La esfinge que traicionó a todos los amantes que tuvo. Deméter, un día seré tuyo y juntos sacudiremos todos los árboles de la tierra.



## **SOBRE LOS AUTORES**





CÉSAR BISSO (Argentina, 1952). Poeta y ensayista. Ha publicado los siguientes libros: *La agonía del silencio*; *El límite de los días*; *El otro río*; *A pesar de nosotros*; *Contramuros*; *Isla adentro* (Primer premio de poesía José Pedroni); *De lluvias y regresos*; *Las trazas del agua* (antología); *Permanencia*; *Coronda* (antología); *Cabeza de Medusa* (ensayo); *Un niño en la orilla* (Segundo premio municipal de poesía Ciudad de Buenos Aires); *Andares*; *La jornada* (Tercer premio

Fundación Argentina para la Poesía); *Haikus felinos*; *De abajo mira el cielo*. Fue invitado a participar en diferentes ediciones de ferias de libros, festivales de poesía y encuentros culturales realizados en ciudades de Argentina, América Latina y Europa. Algunos de sus escritos han sido incluidos en diversas antologías publicadas en el país y en el extranjero; otros textos fueron traducidos al inglés, portugués, francés, alemán, italiano y árabe. Este ensayo fue escrito al alimón con Floriano Martins, en una sesión automática.



FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957).

Poeta, editor, dramaturgo, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*. Coordinó (2005-2010) la colección “Ponte Velha” de autores portugueses en Escritos Editora (São Paulo). Curador del proyecto “Atlas Lírico de Hispanoamérica”, de la revista *Acrobata*. Estuvo presente en festivales de poesía realizados en países como

Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, México, Nicaragua, Panamá, Portugal y Venezuela. Curador de la Bienal Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), fue profesor invitado en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de César Moro, Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes se encuentran *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *El Iluminismo es una ballena* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), *Antes de que se cierre el árbol* (poesía completa, Brasil, 2020), *Naufragios del tiempo* (novela, con Berta Lucía Estrada, 2020), *Las mujeres desaparecidas* (poesía, Chile, 2022), y *Sombras en el jardín* (poesía, Brasil, 2023).



*La maldición de los carbones* de César Bisso & Floriano Martins de ensamblar  
en su versión digital en diciembre de 2024.

En su composición se utilizaron los tipos: Calibri, Linux Libertine, Minion  
Pro, Garamond: 10, 12, 14, 18.

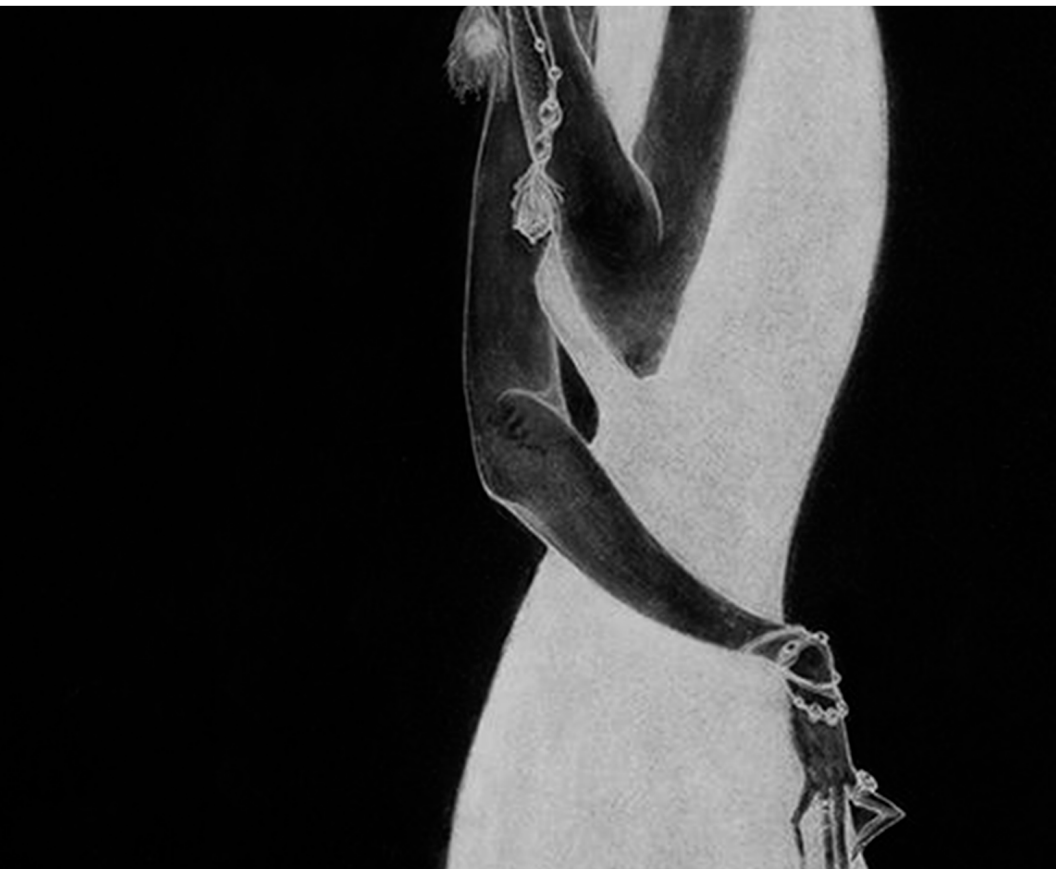








2024



**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES  
2024**